



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura

**TESIS PARA OPTAR AL GRADO
DE MAGISTER EN LITERATURA**

APOCALIPSIS Y UTOPIA:
Reformulaciones discursivas en dos novelas chilenas: *La*
***próxima* y *2010 Chile en llamas*.**

Profesor Guía: Eduardo Thomas

Alumna: María Ignacia Ipinza

- 2012 -

ÍNDICE DE CONTENIDOS

- Índice de Contenidos	pag. 1
- Introducción.....	pag. 2
- Capítulo I: Marco teórico.....	pag. 4
- Capítulo II: La próxima (Historia que pasó en poco tiempo más).....	pag. 13
- Capítulo III: 2010: Chile en llamas	pag. 39
- Capítulo IV: Comparación de Textos	pag. 67
- Semejanzas y diferencias a partir del contexto de producción.....	pag.67
- Sujeto apocalíptico en “La próxima” y “2010: Chile en llamas”.....	pag. 71
- Conclusiones.....	pag. 76
- Bibliografía.....	pag.79

INTRODUCCIÓN

El siguiente trabajo tiene como propósito principal el estudio de dos novelas chilenas, las cuales han sido seleccionadas en base a la temática que estas constituyen, siendo obras que presentan tanto una mirada apocalíptica como utópica. Ambas se enmarcan dentro de un contexto de siglo XX chileno y representan de alguna u otra forma momentos decisivos de este siglo, ya sean a nivel nacional como mundial.

Para este propósito, se ha seleccionado la novela “La próxima”, publicada el año 1934 por Vicente Huidobro, enmarcándose dentro del contexto de principios de siglo. Por otro lado, se ha elegido la novela “2010: Chile en llamas” de Darío Oses, publicada en 1997, estableciéndose como obra representativa de fin de siglo chileno.

Este trabajo pretende analizar ambas novelas a partir de los discursos de Apocalipsis y Utopía con la finalidad de dilucidar posibles elementos que reflejen el contexto en el cual se sitúan dichas obras. Entendiendo los conceptos a tratar, sumado al contexto tanto político, social, como cultural en el cual se instalan estos textos, planteo una comparación de dichas novelas en base a estos dos ejes principales, los cuales configuren la estructura central del análisis. A su vez, pretendo estudiar la construcción de un sujeto portavoz de un discurso de fin de mundo, lo cual ayudará a establecer y esclarecer posibles nexos entre la obra de Vicente Huidobro y Darío Oses, con la finalidad de vislumbrar una posible representación histórica por medio de un “fin de mundo”, instaurando una directa relación entre Historia y Literatura.

La principal problemática que se analizará está estrechamente vinculada con el contexto dentro del cual se sitúan ambos textos, siendo las décadas de 1930 y 1990 dos épocas claves para entenderlas. El propósito central será comparar y contrastar estas dos novelas a partir de las reformulaciones de los discursos apocalíptico y utópico. Dicho análisis comparativo es relevante en la medida que ambos textos fueron producidos en dos épocas muy distintas, están instalados en un fuerte apogeo de la Vanguardia y la Postmodernidad respectivamente y están situados a su vez en contextos políticos álgidos

y con visiones utópicas muy diferentes. Desde esta perspectiva, esta comparación pretende interpretar el sentido que adopta la reelaboración de los discursos apocalíptico y utópico en estas dos novelas según sus contextos, denotando una evolución entre principios y finales de siglo.

Como planteo anteriormente, el trabajo se centrará principalmente en el análisis de los discursos de Apocalipsis y Utopía, por medio de los cuales se pretende establecer un contraste y comparación entre las obras “La Próxima” y “2010: Chile en llamas”. A partir de esto, postulo como hipótesis, que ambas novelas se basarían en una reformulación moderna del tema del Apocalipsis, reformulación que se establecería a partir de determinados contextos políticos y literarios. Por otro lado, se establecería un sujeto apocaliptista, el cual sería portavoz de esta reformulación del mito, a su vez que nos presentaría una alternativa de renovación frente a la crisis planteada, la cual estaría a cargo del discurso utópico. Por último, dicha alternativa utópica estaría estrechamente relacionada con un espíritu renovador de la vanguardia (en el caso de la obra de Vicente Huidobro) y con un escepticismo postmoderno (en el caso de la obra de Darío Oses)

CAPÍTULO I: Marco Teórico

Para llevar a cabo este propósito, se hace imprescindible delimitar el punto de partida del análisis, tomando en consideración que ambas novelas nacen bajo circunstancias bastante especiales, ya sea a nivel político, social y cultural.

La primera de las obras que analizaré corresponde a “La próxima”, escrita por el poeta chileno Vicente Huidobro. Dicha obra se instala en la década de 1930, período que se sitúa entre las dos Guerras Mundiales, marcado por el surgimiento de ideologías absolutistas y una gran crisis económica que pone en jaque al sistema capitalista.

En este contexto, específicamente luego de la Primera Guerra Mundial, nacen en Europa los movimientos de vanguardia. Dicha tendencia cultural surge bajo el alero de un cuestionamiento frente a las circunstancias que las rodeaban. En un contexto de postguerra, la existencia y los fundamentos que constituían la base del ser humano se ven fragmentados, lo cual se ve reflejado fuertemente en el arte. Nuevas corrientes de pensamiento logran poner en jaque el antiguo modelo por medio del cual se sustentaba el arte, proponiendo un quiebre radical con el pasado. La finalidad que perseguían las vanguardias consistía en devolverle al arte la *praxis vital*, cuestionando la base y los principios del Realismo. La obra tradicional que proponía la mimesis de la realidad es fuertemente reemplazada por un afán de renovación y fragmentación, reflejo a su vez de la crisis interior que vive el ser humano de esa época.

Los movimientos históricos de vanguardia nacen bajo el alero de una fuerte crítica a la institución arte en general, es decir, cuestiona tanto la producción, distribución, como las ideas que dominaban el arte de esa época. En palabras de Bürguer: “La vanguardia se dirige contra ambos momentos: contra el aparato de distribución al que está sometida la obra de arte, y *contra el status* del arte en la sociedad burguesa” (Bürguer, 62). Desde esta perspectiva, los movimientos de vanguardia se posicionan en una primera instancia desde la marginalidad, proponiendo una revolución del lenguaje en el arte basada en un discurso social y una preocupación política. Así, las vanguardias pretenden la superación de lo meramente estético,

proponiendo una transformación tanto del arte como de la sociedad, planteando a su vez una función social por parte del artista.

Es importante destacar que si bien una obra de arte puede ser analizada sin tomar en cuenta la historia, esta está fuertemente ligada a una época, marcada, en palabras de Marx, a determinadas relaciones históricas. En este sentido, el contexto tanto político como social influye de manera decisiva en el surgimiento de los movimientos de vanguardia. A finales del siglo diecinueve y principios del veinte, dado el desarrollo filosófico y científico, se comienza a cuestionar la sabiduría tradicional. Esto, de alguna u otra manera acarrea una crisis en la narratividad, poniendo en entredicho el rol que tenía el narrador. Si hasta entonces el narrador se constituía como el portador del saber y de la objetividad de los acontecimientos narrados, este eje de visión comienza a ser cuestionado.

Es así como las vanguardias dan cuenta de una crisis de la objetividad literaria, logrando poner en jaque el concepto de representación en la obra de arte. Si anteriormente lo narrado constituía una mimesis de la realidad, con las vanguardias esto comienza a tener un carácter ilusorio, ya que los márgenes de la realidad comienzan a expandirse, dando cabida a la relatividad, la interioridad y la fragmentación en la narración.

La Primera Guerra Mundial es un acontecimiento decisivo en esta nueva forma de concebir el arte, en esta nueva forma de narrar. Frente a la pérdida de sentido en el destino humano que produce la guerra, se da paso a la imposibilidad de narrar la experiencia, “imposibilidad de que cualquiera que haya participado en la guerra narre de ella como en otro tiempo uno podía narrar sus aventuras” (Adorno, 46)

Desde esta perspectiva, los movimientos de vanguardia, enmarcados en un contexto bastante conflictivo, dan cuenta de una fuerte crisis de valores. La realidad y la experiencia humana se han hecho fragmentarias producto de la guerra. En estas circunstancias nace el Creacionismo, corriente de vanguardia instaurada por Vicente

Huidobro a principios del siglo XX, quien concibe el mundo actual como un mundo viejo el cual hay que erradicar.

Huidobro propone, por medio de esta corriente, la creación de un nuevo mundo ante el desconcierto que produce el mundo actual y la visión de un futuro lleno de dudas e incertidumbres. En su obra, plantea a su vez el fin de una época y la creación de una nueva, donde el principal hacedor de este mundo nuevo será el poeta, quien como un pequeño Dios estará encargado de la construcción de este. Como establece Oscar Hahn en su artículo *Vicente Huidobro o la voluntad inaugural* “la era del hombre Dios sucede a la era del hombre espejo” (Hahn, 118) aludiendo a un cuestionamiento de la representación en el arte instaurada por el realismo y su afán por capturar la mimesis de la realidad. Es así como Huidobro nos presenta al poeta como un hombre inaugural, el cual está encargado de instaurar un origen, el comienzo del nuevo mundo a través del lenguaje.

La segunda obra que analizaremos corresponde a “2010: Chile en llamas”, del escritor chileno Darío Oses. Dicha obra se sitúa en la década de 1990, período en que comienza la transición a la Democracia en Chile, luego de una Dictadura de 17 años. A nivel mundial, se produce la caída del muro de Berlín y con esto la caída de la utopía socialista.

Esta década se caracteriza por estar inmersa dentro de lo que se ha denominado como postmodernidad, período que se identifica por el auge masivo de los medios de comunicación y tanto el acceso a la información como el desarrollo tecnológico han avanzado a pasos agigantados. Dicho período ha sido relacionado por Fredric Jameson con “el capitalismo tardío”, el cual no se establecería en base a las leyes del capitalismo clásico, como la lucha de clases, sino que se postula como un capitalismo más puro. Este período se caracteriza fuertemente por el auge de la sociedad de consumo, el culto a la imagen y la producción de mercancías cada vez más novedosas.

Es precisamente este auge masivo de la información y de las comunicaciones el que va creado sujetos a partir de una multiplicidad de discursos anteriores. Esto, de alguna manera traería como consecuencia un escepticismo hacia las ideas y discursos absolutos, generando una crisis en el individuo dado que se han quebrado los fundamentos que antes sustentaba su pensamiento. El discurso en la postmodernidad comienza a constituirse a partir de reformulaciones e interacciones con otros planteamientos, lo que configura al sujeto a partir de una multiplicidad de ideas, forjando su identidad desde la individualidad, la cual está sujeta a sus propias elecciones, por el contrario del discurso único de antaño.

A su vez, la postmodernidad se caracteriza fuertemente por el ocaso de los proyectos colectivos que hasta fines de la década de los 90 imperaban a nivel mundial. Lo colectivo es reemplazado por el individualismo, el cual está asociado fuertemente a la sociedad de consumo. En este sentido, Gilles Lipovetsky plantea que la subordinación del individuo a ideas colectivas se ha agotado, siendo reemplazado por un proceso de personalización el cual tiene como valor fundamental “la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva, a la personalidad incomparable” (Lipovetsky, 7)

Según dicho autor, este proceso de personalización del ser humano va íntimamente ligado a la revolución del consumo, la cual establece significativas transformaciones de los estilos de vida. Tal transformación se basaría en “el derecho a la libertad, en teoría ilimitado...” (Lipovetsky, 8) sumado a un sistema basado en “... el mínimo de coacciones y el máximo de elecciones privadas posibles...” (Lipovetsky, 6-7).

En cuanto a la concepción que se tiene del arte en la postmodernidad, se podría decir que este se basaría en una reformulación de lo anteriormente hecho. En este sentido, se puede deducir que ya todo ha sido dicho, por lo cual el foco de atención recae en el procedimiento artístico. A diferencia de las vanguardias, las cuales proponían un quiebre radical con el arte del pasado, la postmodernidad mantiene una estrecha relación con este en la medida que lo reformula y lo deconstruye.

Por otro lado, la novela “2010: Chile en llamas” se sitúa en un singular período literario en Chile. A partir de un acontecimiento decisivo como es el Golpe Militar en 1973, comienza a surgir una nueva generación de escritores, denominada por Rodrigo Cánovas como la generación de la orfandad. La importancia de esto radica en las características comunes que tienen las novelas de dicho período, ya que de alguna u otra forma reflejan y nacen bajo el contexto chileno de esa época. Según el planteamiento de Cánovas estas novelas diagraman “un paisaje nacional fundado en las contradicciones existenciales e ideológicas de una comunidad nacional en crisis.” (Cánovas, 45). Los personajes que protagonizan dichas novelas son seres que de alguna manera representan el eclipse del sujeto. Esto quiere decir que el sistema de creencias y valores que hasta entonces sustentaban la base del ser humano se han puesto en jaque dado el contexto particular de una Dictadura sumado a un cierto escepticismo generalizado de fin de siglo, por lo cual la literatura de esta época ha tendido a reflejar esta precariedad humana. Según Cánovas, esta narrativa está fuertemente ligada a un sentimiento de nostalgia en cuanto reflejaría el ocaso del sujeto utópico, un sentimiento de pérdida de la utopía como un proyecto con visión de futuro y un anhelo de recuperación del paraíso perdido.

Frente a estos escenarios, principios y finales de siglo, los cuales parecieran tener a primera vista bastantes diferencias, se nos presenta, por medio de dos obras, un elemento común: la representación de un determinado mundo en base al género apocalíptico. De esta forma, tanto “La próxima” como “2010: Chile en llamas” dan cuenta de la representación de un mundo en crisis, un mundo al borde del caos que tiende inevitablemente a su exterminio. A su vez, frente a este inminente fin, se nos presenta un nuevo discurso de renovación y resurgimiento social a cargo del género utópico

Desde esta perspectiva, entenderemos el Apocalipsis como un discurso cargado de sentido, el cual tiene diversos elementos que es relevante destacar como base del análisis. Lo primero será establecer el discurso Apocalíptico como una herencia bíblica, como un discurso religioso. En su etimología, esta palabra guarda el significado de

revelar, de descubrir. Así, San Juan, en el texto del Apocalipsis de la Biblia, tiene como propósito transmitir la promesa de Dios. Esta revelación consiste en que luego del fin de los tiempos, del Juicio Final, “Dios dará significación a todo lo que ha transcurrido, y justificará los padecimientos de quienes permanecieron fieles a la palabra de Dios” (Parkinson Zamora, 23). De esta forma, el discurso del Apocalipsis se plantea como renovación, plantea el fin de una era y el comienzo de otra.

Sin embargo, el concepto de Apocalipsis que abordaremos para el posterior análisis tiende a tener un sentido más histórico que religioso. El concepto de Apocalipsis que trataremos tiene directa relación con su sentido moderno. En la modernidad ya no se cree en finales como lo plantea la Biblia, sino todo lo contrario, ya no se cree en un principio y un final de los tiempos.

Tanto las sociedades como los seres humanos se encuentran siempre en el medio de la historia, en la medida que surgen en algún período de su evolución. Si dicha evolución tiende a ser infinita, el surgimiento de sociedades y seres humanos se posiciona desde un medio. Cuando un hombre nace se sitúa siempre en la mitad de la historia, lo cual lo inserta en una constante transición. Otorgar un determinado fin a nuestra existencia es darle un posible sentido al lugar que ocupamos, a “nuestro medio”. De esta forma, el Apocalipsis deberá ser entendido más bien como una forma y una “necesidad de interpretar y de atribuir una significación a nuestra experiencia en la historia” (Parkinson Zamora, 13)

Según plantea el autor Lois Parkinson Zamora, el surgimiento de determinados discursos con características apocalípticas estaría estrechamente vinculado con su contexto psicológico y político, ya que surgirían como respuesta a una incertidumbre social. Es por esto que dicho discurso de fin de mundo también se presentaría a modo de crítica frente a ciertas circunstancias sociales, frente a un posible caos. En este sentido, “el texto apocalíptico brota del contexto histórico que lo rodea, responde a él y lo describe metafóricamente” (Parkinson Zamora, 26). Así, el narrador se nos presenta como un sujeto que se opone a las prácticas de su época, representando una visión

subversiva frente a determinadas circunstancias. El Apocalipsis sería entonces, la forma de narrar la impotencia de este sujeto para poder modificar dichas condiciones.

A su vez, el Apocalipsis se establece también como una estructura narrativa en la medida que ordena la lógica del relato, ya que su temporalidad se funda en base a un fin. Este fin está establecido desde el comienzo a modo de profecía. La narración apocalíptica se instaura en la medida que existe una percepción de un mundo que debe terminar, y esta percepción está instalada desde el comienzo del relato. A su vez, frente a esta percepción de un inminente final, existe la noción de un nuevo mundo que está por nacer.

Por otro lado, basándonos en la teoría de Jean Servier, entenderemos la Utopía como un lugar en donde se anticipa un futuro esplendoroso, una ciudad justa y donde el hombre puede adquirir un desarrollo pleno. Se nos presenta como un refugio del pasado, de una tradición y de un mundo que debe ser transformado, denotando una ruptura y situándose a manera de crítica frente al actual orden social. Dicho mundo se construye desde el aislamiento con respecto a la sociedad actual, generalmente constituyéndose desde el alejamiento tanto social como geográfico, desde donde se intenta desarrollar una nueva sociedad basada en una vuelta al origen y lo natural, al trabajo de la tierra y a formas de vida comunitaria.

En este sentido, es relevante destacar que ambos discursos, tanto el apocalíptico como el utópico, están fuertemente ligados a momentos históricos específicos, en donde ha habido un ambiente de abandono e incertidumbre social. De esta forma, ambos discursos se encuentran fuertemente ligados a un contexto cultural, social y político que los determina.

En estrecha relación con lo anteriormente mencionado utilizaremos como última categoría de análisis una determinada noción de sujeto, la cual está ligada íntimamente tanto con los contextos que determinan a las novelas como a la construcción que se va desarrollando de este a partir de los discursos de Apocalipsis y Utopía. En este sentido,

el sujeto que se construye, en estas novelas, a partir de estos dos discursos, se configura como el principal portavoz de una crisis. Desde esta perspectiva, es importante el análisis de la reformulación que sufre el sujeto apocalíptico en ambas obras, estableciendo un cambio en relación al sujeto apocalíptico religioso, denotando un cambio en el discurso entregado: el eje del Apocalipsis ya no estaría centrado en un carácter político religioso, sino más bien en un carácter político filosófico. En este sentido, es importante destacar que el sujeto apocalíptico se configura como un sujeto crítico de la sociedad y sus prácticas de la época, siendo a su vez portavoz de una superación y de una renovación.

Con esta noción de un sujeto apocalíptico como portavoz de un discurso de fin de mundo, se analizarán las dos novelas escogidas. A su vez, este sujeto se configura a partir de una determinada ética, la cual estaría establecida por un contexto específico. En este sentido, tendremos en consideración como subcategorías de análisis de la noción de sujeto tanto el concepto de ética vanguardista como el concepto de ética postmoderna. Esto ayudará a entender de mejor manera la construcción del sujeto apocalíptico en cada una de las novelas, relacionándolo de forma estrecha con el contexto inmediato en que cada obra se produce.

Para entender la configuración del sujeto apocalíptico que se nos presenta en la novela “La próxima”, debemos tener en consideración que este se constituye en mayor medida gracias al contexto cultural en el cual se sitúa la obra. En este sentido, la ética vanguardista es un pilar fundamental para entender el sentido que quiere transmitir el sujeto en Huidobro por medio del discurso del Apocalipsis. Los principales ejes que componen dicha ética tienen que ver principalmente con proponer una revolución por medio del arte, lo cual denota la intención de establecerse no solo como discurso artístico sino también como discurso social y político. Esto se puede plantear en la medida que las vanguardias proponen una superación de lo meramente estético, planteando una revolución por medio del arte, la cual de cuenta de una transformación social. De esta forma, esta ética va configurando un determinado tipo de sujeto

apocaliptista basado en el rol social que debe cumplir el artista, en este caso, el poeta como hacedor de un nuevo mundo y crítico de la sociedad de su época.

Por otro lado, para entender cómo se configura el sujeto apocaliptista en la novela “2010: Chile en llamas” tomaremos en consideración el contexto cultural que se desarrolla a fines del siglo XX. Frente a un panorama de retorno a la democracia, la caída del muro de Berlín y el auge del neoliberalismo como sistema económico imperante a nivel mundial, se desarrolla lo que se denomina ética postmoderna, la cual se hace imprescindible para entender la construcción del sujeto en Oses y su discurso de fin de mundo. Ante la caída de los grandes bloques ideológicos y el escepticismo frente a las creencias e ideas que hasta entonces sustentaban la base del ser humano, comienza a desarrollarse un ser humano desligado de maquetas ideológicas y con una creencia en la libertad individual. De esta forma, la ética postmoderna propone un respeto entre los individuos sin determinarlos por estructuras ideológicas y el desarrollo del individuo en base a la libertad y sus múltiples alternativas. Si bien esta ética nos plantea el desarrollo individual y libre del ser humano, también nos muestra el vacío que se produce al desligarse de discursos antecesores que de alguna u otra manera estructuraban el pensamiento del hombre en el pasado.

CAPÍTULO II: La próxima (Historia que pasó en poco tiempo más)

Como dijimos anteriormente, la novela *La próxima (Historia que pasó en poco tiempo más)*, fue escrita por el poeta Vicente Huidobro en el año 1934. En esta, Alfredo Roc, su protagonista, decide embarcarse en una aventura hacia Angola. Dicha aventura tiene un propósito bastante claro: recaudar todo aquello que sea rescatable del viejo mundo para así construir un nuevo país, una nueva sociedad, lejos del Viejo Mundo, el cual está afectado por un Capitalismo en decadencia. Según Roc, una nueva guerra en Europa está próxima a desatarse, lo cual traería como consecuencia la devastación total. Esta profecía es lo que impulsa al protagonista a construir un nuevo país en África, convenciendo cada vez a más personas para que se sumen a su nuevo proyecto.

Así, desde el comienzo podemos percibir en la obra de Huidobro una alusión directa al género del Apocalipsis en la medida que el protagonista presenta una especie de profecía de acabo de mundo. Este fin traería como consecuencia la construcción de un nuevo mundo, del cual Alfredo Roc está encargado. A su vez, la lógica que Huidobro nos presenta de fin y posible renovación de mundo, alude indiscutiblemente a la metáfora del arca de Noé en la medida que el protagonista pretende llevarse a Angola todo lo mejor del Viejo mundo. De esta forma, podemos ver desde el comienzo el afán de Huidobro por el origen, por la creación de algo nuevo, reflejando de manera contundente su manifiesto creacionista: la ruptura total con el pasado y el poeta como un pequeño Dios constructor de nuevos mundos.

El aventurero, encarnado en la figura de Alfredo Roc, sería una metáfora del poeta como constructor de un nuevo cosmos. De esta forma, basándonos en lo propuesto por Oscar Hahn, Alfredo Roc sería el prototipo de hombre inaugural, el cual presenta un fuerte anhelo de ser el punto de partida de la nueva sociedad. Es así como la idea de romper con el pasado expuesta en el proyecto del protagonista, se constituye como la matriz de sentido de esta novela, reflejando de manera clara el espíritu vanguardista que se había gestado en aquella época.

Desde esta perspectiva, los discursos apocalíptico y utópico se constituyen como elementos primordiales para llevar a cabo la matriz de sentido de la novela. Si el proyecto vanguardista, específicamente el creacionismo de Huidobro, se basan en una ruptura total con el pasado y en la absoluta renovación, los discursos apocalíptico y utópico reflejan dicho propósito: por un lado, el Apocalipsis se manifiesta por medio de la destrucción de todo el mundo antiguo, mientras que la Utopía se constituye como el discurso de renovación, de nacimiento de un nuevo cosmos. En este sentido, el propósito vanguardista de Huidobro se expresa en “La próxima” mediante estos dos tipos de discursos, poniendo especial énfasis a la dicotomía destrucción-renovación.

Ya desde el título de esta novela podemos percibir el concepto de Apocalipsis como lógica narrativa. Por un lado “La próxima” alude a una condición futura de algo, mientras que el enunciado “(Historia que pasó en poco tiempo más)” nos indica que lo próximo es una historia que sucederá: la próxima historia. Por otro lado, aludir a una historia que pasó en poco tiempo más es insertar un juego temporal entre pasado y futuro: lo que sucederá en el futuro ya ha acontecido, ya es conocido, ya es sabido. Esto aludiría así al concepto de profecía, importante elemento constituyente del discurso apocalíptico.

En términos de la historia que se relata, ya desde las primeras páginas de la obra se grafica un presente con características apocalípticas. Se nos muestra un panorama tenso e intranquilo a causa de las numerosas guerras y crisis económicas. Dicho panorama no está muy lejos de la realidad, dado que el contexto en que se sitúa la novela de Huidobro se inserta entre dos Guerras Mundiales y una gran Depresión Económica ocurrida en 1929. Frente a este crítico escenario se presenta en el Exordio una posible solución:

“A los que aman la calma, a los que no sienten su espíritu atraído por la lucha, aconsejo refugiarse en alguna isla lejana o en algún rincón de la tierra y esperar allí hasta que haya pasado el período de las grandes transformaciones en el mundo civilizado. Acaso este período termine en la catástrofe total. Esto dependerá de la cordura de los hombres (Huidobro, 21)

La aventura de Alfredo Roc tiene su inicio dos años antes de su primer viaje a Angola, período en que comenzó a tener la intuición de una catástrofe mundial inminente, tanto en Europa como en América. Esta percepción tenía su fundamento principal en el caos que se vivía a nivel mundial, revoluciones y crisis económicas se desataban a lo largo de Europa y se respiraba un ambiente de pánico y tensión. Según Alfredo Roc, el mundo civilizado, como él lo llamaba, estaba inmerso en un clima de injusticias, luchas y rencores. Esto había derivado en una profunda crisis en donde los hombres se peleaban unos con otros, lo cual terminaría en una próxima Gran Guerra.

Este panorama alude de forma directa al conflicto real que se vivía en aquella época: dos grandes bloques ideológicos se veían enfrentados, socialismo versus capitalismo luchaban por obtener una hegemonía a nivel mundial. A su vez, en el año 1929 acaece la Gran Depresión Económica, lo cual pone en jaque el modelo capitalista que hasta entonces imperaba a nivel mundial. Esta civilización basada en el capital es, según Alfredo Roc, la que está condenada a muerte. Así, el protagonista manifiesta su intención de crear un nuevo mundo en el continente africano luego que se desate dicha catástrofe:

“Lo que yo quiero es un pedazo de tierra en donde vivir tranquilo, en donde trabajar y poder crear algo lo más distinto posible de vuestro mundo de odios, de explotación injusta, de continuas querellas, de esta asquerosa lucha por la vida, agriada y violenta” (Huidobro, 24)

Es precisamente por medio de este discurso que Roc comienza a seleccionar a determinados hombres que lo acompañen en su aventura, intentando convencerlos de un inminente final. Es precisamente esta manifestación de un discurso de renovación social lo que va posicionando al protagonista como un profeta, en la medida que el discurso que él emite se hace desde la revelación, desde un estado mítico. Esto se puede plantear dado el carácter anticipatorio y profético de su discurso, aludiendo a un futuro desastre mundial y posicionándose en relación a la figura mítica de Noe y su Arca.

En este sentido, este aventurero concuerda plenamente con la noción de poeta que Vicente Huidobro propone en su manifiesto Creacionista. El aventurero, metáfora del poeta, se posiciona desde la revelación, es decir, en una esfera superior desde donde puede ver lo que otros ignoran. El poeta, en este caso encarnado en la figura del protagonista, se conforma como un pequeño Dios.

Es así como a lo largo de esta novela se va construyendo un sujeto apocalíptista encarnado en la figura de Alfredo Roc. Dicho personaje se hace portavoz de una crisis mundial, a la vez que establece una crítica a la sociedad de la época y sus fundamentos valóricos. A su vez, podemos constatar que dicho personaje establece una relación de causalidad entre el discurso apocalíptico y el utópico, en la medida que este último se presenta como un elemento de renovación social luego del final.

De esta forma, Alfredo Roc comienza a configurar su proyecto utópico basado en una sociedad ideal una vez que el antiguo mundo haya caído en manos de la guerra. Sin embargo, desde el inicio, este proyecto presenta en su fundamento una particular paradoja: la Utopía del nuevo mundo que el protagonista intenta construir tiene de base lo mejor del antiguo mundo que él ha visto derrumbarse: "... pondremos a salvo en nuestra arca de Noé, como tú la llamas, una pareja de cada uno de los instrumentos y de las máquinas inventadas por el hombre. Una pareja por lo menos" (Huidobro, 26)

De esta forma, la construcción de este sujeto portavoz de un discurso apocalíptico y utópico manifiesta una particular problemática, la cual es reflejada a nivel narrativo. En una primera instancia se ha establecido la figura del aventurero como metáfora del poeta. No obstante, a lo largo de la historia se comienza a entregar indicios de que esto no sería completamente acertado.

Por un lado, encontramos el personaje de Alfredo Roc que pretende establecerse como un hacedor de un mundo nuevo, como un revelador y, en definitiva, como un pequeño Dios. Sin embargo, este profeta encarnado en el protagonista finalmente está equivocado, ya que su proyecto de mundo nuevo ha terminado por aniquilarse a sí

mismo. Esto, a causa de la inevitable paradoja que constituía su utopía: crear un nuevo mundo con lo mejor del antiguo. De esta forma, nos damos cuenta que el verdadero discurso que se pretende exponer se encuentra en otro plano del relato, el cual a lo largo de la novela va dando pequeñas señales, como por ejemplo, a través de la interferencia del autor:

“(¡Ah! Mi querido Roc, cómo despedazarías estas páginas si las leyeras. Al través de ellas tu obra resulta empequeñecida, resulta de un ridículo, de una ingenuidad sólo comparable a Buda o a Cristo.

Desde aquí oigo tu voz: ‘Maldito autor, pretendes escribir con un estilo impersonal y sólo logras aparecer tan banal como el más mediocre periodista’)” (Huidobro, 44)

El nivel desde donde se posiciona este discurso corresponde al ideológico, por medio del cual Huidobro quiere transmitir la noción de que el nuevo mundo se encuentra lejos de lo que el protagonista propone. A través de la anterior cita, el autor interviene para dar cuenta de lo inverosímil de este proyecto. De esta forma, nos da cuenta que la Utopía que se persigue luego del caos mundial estaría en otra parte, en otro proyecto.

Desde los primeros diálogos que se van produciendo en la novela se muestra una suerte de tensión entre la visión utópica que pretende llevar a cabo Alfredo Roc y la que otros personajes creen es la verdadera utopía, la cual se establecería por medio de la Revolución social. Así, podemos ver numerosas confrontaciones en las que se exponen estos dos puntos de vista:

“- Tú crees que pronto va a venir una guerra espantosa y que esta guerra va a terminar con la revolución social o que si no hay guerra de todos modos vendrá la revolución, tu deber es ayudar a la revolución social para que cambie el mundo, este mundo que tanto detestas.

- ¿Y por esa razón yo voy a condenar al exterminio a mi hijo, a mis padres, a mis hermanos y a todos los seres que me son queridos?

- ... En la historia de la evolución del mundo no tiene ninguna importancia la muerte de los seres que te son queridos.
- La tiene para mí y yo no tengo sino una vida.” (Huidobro, 25)

La relevancia del diálogo anterior recae precisamente en lo que se entendería como Utopía. Este concepto guarda en su fundamento principal la idea de colectividad, en la medida que se persigue un ideal de sociedad. Dicho ideal se plantearía a partir de ideas concordantes entre los miembros de una determinada comunidad, lo que estaría fuertemente ligado a una ideología que varios individuos compartirían.

Es precisamente en este punto donde se comienza a manifestar una especie de doble discurso inserto en el relato. Por un lado, encontramos el planteamiento de varios personajes, incluido el hijo del protagonista, quienes establecen que la verdadera Utopía se construiría por medio de la Revolución social, lo que implicaría quedarse en “el campo de batalla” y posicionarse en una lucha común frente a un Capitalismo en decadencia. Dicho proyecto colectivo se relaciona directamente con el propósito utópico que el Socialismo planteaba en aquella época.

Por el contrario, el proyecto utópico que Alfredo Roc propone una vez que se haya desatado el Apocalipsis, manifiesta la idea de alejarse de la crisis que sufría la sociedad civilizada, estableciéndose, como bien expresan los personajes, desde el egoísmo del aventurero. Este egoísmo se expresaría en contraposición a la noción de un proyecto colectivo, denotando una traición hacia la Revolución. Sin embargo, se puede plantear que la colectividad de este proyecto se vería reflejada en la seguidilla de personajes que van abandonando cada vez con mayor fuerza el escepticismo sobre la idea del Apocalipsis, instalándose en Angola y poniendo en práctica el discurso que este aventurero predicaba. De esta forma, el proyecto de Alfredo Roc se construye a partir de los fundamentos esenciales que plantea la Utopía, desde a colectividad y el aislamiento. La ciudad que se desarrolla en Angola lo hace a partir de las características de una isla, situándola como símbolo utópico característico, en la medida que se presenta como una sociedad completamente apartada de la civilización.

Esta tensión entre el discurso de Alfredo Roc y una parte importante de los personajes que creen en la Revolución social, es lo que iría dando cuenta de lo que más adelante sería un hecho: el proyecto utópico de este aventurero estaría errado desde su base. Este error estaría anunciado desde el inicio a modo de profecía una vez que el narrador da cuenta de las múltiples equivocaciones en los oficios que ha realizado el protagonista con anterioridad:

“Sin duda alguna Alfredo Roc había nacido para *pionneer* y todos sus otros oficios, todos los otros trabajos a que dedicara antes su vida, habían sido un error. Impulsado por su naturaleza demasiado rica, por su exceso de generosidad vivía equivocándose” (Huidobro, 21)

Esta paradoja de crear un nuevo mundo a partir de los mejores elementos de la antigua civilización es precisamente lo que anticipa el error en la aventura del protagonista. Lo anterior comienza a desarrollarse cuando Alfredo Roc plantea la idea de basar su proyecto a partir de lo mejor del Capitalismo. Un ejemplo claro de lo anterior es una entrevista que Alfredo Roc tiene con Henry Ford, en la que le propone un trueque: Roc le pide maquinaria y automóviles para este nuevo país que se está gestando en Angola y, a cambio, él le pagaría con tierras en esta parte de África. Ford, si bien se presenta dubitativo en un comienzo, termina aceptando esta propuesta.

Esto de alguna u otra manera deja en claro el objetivo inserto en el proyecto del protagonista, instalar lo más moderno y perfecto en ese recóndito lugar. La paradoja recae justamente en que lo nuevo y lo perfecto es sacado del corazón mismo del Capitalismo. Es relevante mencionar que Henry Ford es uno de los íconos característicos de la producción en serie, por lo que su presencia en la obra y, específicamente en el proyecto de Roc, tiene una clara alusión al Capitalismo. Construir este nuevo país desde la base de este sistema es hacer que este proyecto se origine desde el fracaso, ya que el intento por “romper con el pasado” y situarse en el aislamiento como propone Roc es, finalmente, una copia y una permanencia de los errores de la civilización.

Es así como vamos encontrando diferentes indicios de que la construcción del sujeto apocaliptista en esta novela es bastante más compleja. Por un lado, tenemos la construcción del sujeto a partir de la metáfora del poeta, un sujeto que quiere romper con el pasado creando un nuevo mundo luego del fin, figura encarnada en Alfredo Roc. Sin embargo, al irse presentando indicios de que su proyecto es virtualmente erróneo, se nos presenta un nuevo discurso detrás de la utopía de Angola a cargo del narrador, el cual se iría constituyendo como el verdadero sujeto portador de un discurso ideológico.

Otro ejemplo, en el que se puede observar esta contradicción del aventurero al crear este nuevo país a partir de lo mejor del Capitalismo, es cuando se comienza a construir en Angola una nueva ciudad destinada al Cine. Lo relevante recae precisamente en que pretende ser una copia de lo que Estados Unidos ya había creado con anterioridad:

“... Alfredo Roc formó una gran compañía cinematográfica con capitales ingleses, franceses, alemanes y suecos. Estaba decidido a construir un nuevo Hollywood internacional. La ciudad que se iba a fundar con este objeto se llamaría Chaplinia, en honor de ese extraordinario Charlie Chaplin que con razón admira el mundo entero” (Huidobro, 34)

En la cita anterior queda de manifiesto que Alfredo Roc intenta mantener algunos elementos de la antigua civilización. En este sentido, el protagonista intenta rescatar el cine, arte que comienza a gestarse a principios del siglo XX. Esto tiene relevancia en la medida que, junto al cine, se genera una nueva forma de concebir el arte, un nuevo foco de visión, instaurando el montaje como un nuevo procedimiento artístico. Esta nueva forma de ver el arte es tomada en gran medida por las vanguardias, lo cual implica comenzar a ver la realidad desde múltiples focos, dejando atrás la antigua forma objetivista de concebirla. En sus obras, Huidobro mostró un gran interés por este arte, escribió cine y con ello propuso un nuevo procedimiento artístico mediante el cual el eje de visión de la realidad se vuelve múltiple y relativo. Rescatar el cine es rescatar también un modo de ver la realidad, un modo que rompe con el pasado e instala una nueva forma de percibirla.

Por otro lado, construir un nuevo Hollywood implica llevarse a Angola una copia de lo que se ha desarrollado en el mundo civilizado, implica adoptar un elemento fundamental de lo que caracterizaba a Estados Unidos, país ícono del Capitalismo. Instaurar esta reproducción de la ciudad del cine estadounidense, es instalar lo que Alfredo Roc aseguraba se desmoronaría.

El concepto de Utopía se establece a partir de un retorno a la pureza, a partir de un renacimiento, para, desde ahí, crear el ideal de una ciudad justa. En este sentido, crear un mundo a partir de lo mejor (o lo peor) de la antigua civilización, es quebrar de forma abrupta con el principio de pureza, con el principio de origen que persigue la Utopía.

La noción de Utopía que persigue Alfredo Roc tendría en su fundamento numerosos elementos que poco a poco harían que el proyecto de Angola termine por desplomarse. Alfredo Roc propone un alejamiento de la civilización y la anulación del movimiento. Basándonos en la teoría de Servier, esto se produce en la medida que el planteamiento de Roc propone una ubicación del espacio utópico fuera de la temporalidad moderna, fuera de los conflictos de la civilización. Roc propone vivir de forma paralela al tiempo histórico, situándose fuera de la historia. El gran error de Roc fue creer que se puede huir de la historia y conservar lo mejor de esta. Así, el sujeto portavoz de la verdadera Utopía que se pretende reflejar en la novela se encontraría en un plano distinto, en el plano de la narración. Esto sucedería en cuanto el narrador es el encargado de hacernos ver lo erróneo del proyecto del protagonista.

En este sentido, el narrador se encontraría en un plano diferente y a la vez superior al de los personajes:

“Como se encuentra este narrador en una esfera temporal diversa y distante, puede él literalmente pre-decir aquello que para los demás -por ser del círculo restringido de los 'personajes' y del mundo ficticio caótico o presente- es simplemente imprevisible” (Rojas piña, 150).

Esto constituiría una característica clave que configura al narrador como el sujeto portador del verdadero discurso apocalíptico y utópico: desde su esfera de superioridad puede ver y predecir el futuro desastre, el cual no tan solo se basará en una próxima Guerra (como lo anuncia Alfredo Roc) sino también en el derrumbe del proyecto utópico de Angola. A su vez, este sujeto, por medio de la narración de la historia de Roc irá promoviendo un determinado discurso ideológico implícito, el cual se basa en la utopía comunista.

El narrador, sujeto encargado de ser el portavoz del discurso nos narra y da conocer los acontecimientos desde una visión de totalidad, dado que maneja desde una esfera superior los hechos ocurridos. Así, el sujeto en Huidobro se configura como un activista, en la medida que se hace creador y constructor de un proyecto utópico, de una creación, otorgando a la obra una función social. Esta característica es propia de las vanguardias, momento en el cual se quiebra con la noción de arte de pesebrera y se da paso a la acción por medio del arte, otorgándole un sentido político y social a la novela. La obra de arte se construye desde la crítica a la sociedad, el cuestionamiento a las prácticas de la época y la entrega de un determinado discurso ideológico.

Frente a una inminente guerra en Europa y América, el proyecto de Alfredo Roc en Angola cada vez va tomando mayor forma. Los que han emigrado hacia ese lugar comienzan a vivir y desarrollarse en base al concepto de comunidad, volviendo a los orígenes de la agricultura y el trabajo en equipo. Como bien nos relata el narrador, las mujeres que no querían tener hijos en Europa al visualizar un posible caos, comienzan a dar a luz en forma sorprendente y la población crece día a día. Angola comienza a vislumbrarse como el país de la Utopía, el mundo ideal, “el mundo de nunca jamás”, lugar donde se intenta volver al origen.

Esta vuelta al origen que propone el proyecto de Alfredo Roc se puede ver reflejado en su relación con los nativos de esa zona, a los que describe como seres alegres y francos, lejos de la visión occidental que los ve como seres antropófagos. En la

mitología angoleña se puede apreciar una alusión al constante re-nacer, a una constante vuelta al origen, la cual se ve expresada en la novela por medio de un mito *preselenita*:

“De tiempo en tiempo, tiempo que puede ser muchos millones de años, el Sol se traga un planeta. Lo mismo hacen los planetas, de cuando en cuando se tragan un satélite, porque los astros son grandes comedores. La tierra, por ejemplo, nuestra tierra, se ha comido ya varias Lunas. Esto no es una fantasía puesto que es sabido que existe en muchos pueblos la tradición de una época de la Tierra sin Luna” (Huidobro, 48)

Esta teoría que nos presenta el mito se basa en la lógica que los planetas giran en torno al sol en forma de espiral, figura que poco a poco se va achicando a medida que se acerca al gran astro. Esto mismo pasaría con los planetas y sus satélites, originando que una vez recorrido el espiral, el satélite se encuentre tan cercano al planeta que este se lo trague. Tomando en consideración que la Luna es el satélite del planeta Tierra, la teoría expuesta en este mito traería como consecuencia un trastorno en nuestro planeta, puesto que la Luna está constituía en su mayoría por agua, lo que ocasionaría diluvios. Este cataclismo traería como consecuencia la muerte de la mayoría de los hombres y animales, dejando al planeta en la devastación total. De vez en vez, producto de estos cataclismos, el hombre tiene que volver a comenzar y volverse nuevamente un hombre de las cavernas. Es ahí cuando el hombre se encuentra luchando contra la naturaleza y, según Alfredo Roc, nace la inteligencia del ser humano. El problema aparece cuando el ser humano desarrolla a tal grado su inteligencia que llega a formar las civilizaciones que hoy tanto se aborrecen. La inteligencia humana, en un acto de luchar contra la naturaleza, se ha desarrollado a tal punto que se ha vuelto contraproducente. La inteligencia humanidad, la cual se ha desarrollado para que el hombre sobreviva ante la adversidad ha llegado a tal nivel de avance tecnológico que se ha vuelto autodestructiva:

“La manía de autodestrucción no es un absurdo, es innata en el hombre. La idea de la muerte domina toda la vida de los seres humanos, es el eje profundo, la última raíz de nuestra propia esencia. Y esta fiebre de

autodestrucción, aunque parezca una paradoja, tiene su origen en el miedo a la muerte” (Huidobro, 50)

Alfredo Roc se apoya en el mito angoleño para formular su propia teoría de la autodestrucción y así respaldar su proyecto de comunidad utópica basada en la vuelta al origen, planteando que la civilización ha llevado al ser humano a la autoaniquilación, por lo que se hace imprescindible una vuelta a lo natural. Por medio de su proyecto utópico propone un retorno al origen en la medida que cree que el Capitalismo ha sido el causante de este desastre. Todo hacía pensar que esta nueva sociedad que se gestaba era ideal para vivir y para re-nacer lejos de la contaminada civilización europea. Sin embargo, en su base, este proyecto se constituía desde el fundamento mismo de lo que el protagonista aborrecía.

Pasaban los años y el proyecto de Roc cada vez agarraba más y más fuerza. La población crecía de forma sorprendente, esto, a consecuencia del poco temor que reinaba en las tierras de Angola. Sin embargo, el narrador nos muestra su particular punto de vista con respecto a este nuevo mundo, en la medida que asegura que los primeros expedicionarios de Roc mantenían el mismo espíritu que el aventurero, tenían su misma fuerza. No obstante, el narrador nos presenta su visión frente a esto:

“Por mi parte yo creo que esta fuerza de cohesión nacía de un sentimiento semejante: el aburrimiento. Creo que el hastío, el *spleen*, el asco fue el primer resorte que los movió para lanzarse en esa aventura. Es posible que me equivoque, es posible que en alguno de ellos resurgiera el alma española de aquellos conquistadores de América, de aquellos grandes aventureros del pasado, pero creo que la mayoría se lanzó impulsada por este dilema: o me voy a vivir una vida nueva o me suicido” (Huidobro, 56, 57)

El narrador se posiciona desde su propia subjetividad para juzgar dicho proyecto, exponiendo un motivo radicalmente distinto que llevó a la construcción de este nuevo país en Angola. De esta forma, al establecer el aburrimiento como el motivo

principal tanto de Roc como de los primeros expedicionarios, cuestiona profundamente el sentido mismo de este proyecto utópico. Si para Roc la idea matriz de su proyecto radicaba en su visión apocalíptica del mundo civilizado y en una futura salvación y renovación en las tierras africanas, el narrador, al otorgar un motivo tan banal como el simple hastío del protagonista y sus seguidores, quiebra completamente con esta postura profética y salvadora. Desde esta perspectiva, el plano de visión superior que adquiriría Alfredo Roc al posicionarse como un profeta, se quiebra ante el cuestionamiento del narrador, posicionándose este último en una esfera visual aún más amplia.

El narrador lo ridiculiza, lo critica, lo cuestiona en su actuar. Desde su subjetividad, el narrador nos va planteando las verdaderas ideas que el texto huidobriano persigue. Un ejemplo de lo anterior es el rol que ocupa el arte como mecanismo de renovación. Ya habíamos dicho que las vanguardias, específicamente la corriente creacionista, planteaba un quiebre radical con el arte del pasado y su aparente objetividad. El narrador nos da cuenta de lo anterior por medio de sus múltiples interferencias basadas en la más absoluta subjetividad. Dicho punto de vista cuestiona y rompe no solo con un narrador del pasado, el cual contaba los acontecimientos desde una perspectiva objetiva, sino también con el antiguo mundo capitalista por medio de un discurso apocalíptico, constituyéndose así como hacedor de un nuevo mundo a través del lenguaje.

Así, este poeta nos recuerda la importancia del lenguaje y del arte para construir un nuevo cosmos. Por esta razón, el narrador critica la posición pragmática del protagonista, aludiendo a su poco interés por el arte:

“Recuerdo una vez que se discutía sobre arte haber oído a Roc estas palabras reveladoras: ‘Pensar en la poesía o en el arte en estos momentos en que se está planteando el destino del hombre, me parece una cosa ridícula y sin sentido’ (Huidobro, 57)

Es así como se va construyendo el sujeto apocaliptista, ya no enfocado en Alfredo Roc, sino en la figura del narrador, quien no solo visualiza el desastre que se desata en Europa, sino también anticipa el fracaso del proyecto utópico del protagonista. De esta forma, el narrador se va constituyendo como el prototipo de sujeto huidobriano, ya que no solo rompe con el pasado al narrar la destrucción tanto del Capitalismo como del proyecto en Angola, sino que nos muestra una nueva posibilidad utópica, una alternativa distinta para crear un nuevo mundo: la utopía socialista.

El nuevo país construido en Angola crecía cada día más, Roc viajaba por Europa recolectando gente que se fuera a poblar las tierras de África. No pasó mucho tiempo para que las predicciones de este aventurero se fueran concretando. En uno de estos viajes a Marsella, Roc, junto a Alberto Duren y Baltazar Doriente, debían tomar contacto a las doce de la noche con Charles Dupont, quien se encontraba en París. Al contactarse con él y hablar de los planes a seguir, abruptamente la comunicación se quiebra. Roc intenta nuevamente contactarse con París, pero le es imposible. Rato después, un amigo le informaría lo peor: la capital de Francia había sido destruida, París se encontraba en ruinas: “Llegó el Apocalipsis con un cielo de rayos y de muertes. Llegó la noche de la gran catástrofe. El principio del fin” (Huidobro, 62)

Luego de saber esta noticia, Roc, Duren y Doriente deciden viajar a París. Grande fue la sorpresa al encontrarse con esta ciudad intacta, sin embargo la ilusión de enfrentarse a una ciudad funcionando con normalidad, duraría pocos minutos. Al entrar a París los personajes se encuentran con dos policías muertos, “rígidos, como piedra” (Huidobro, 64). El Apocalipsis que Roc había vislumbrado tiempo atrás se había desatado. La ciudad de París, intacta en su arquitectura, guardaba en su interior imágenes apocalípticas:

“- No han destruido los edificios, pero han muerto a todo el mundo.

-¡Qué horror! Pensar que en este instante todas esas casas están llenas de muertos.

- Miles de casas llenas de muertos.

- París es un enorme cementerio” (Huidobro, 64)

La próxima guerra, situada en un tiempo futuro a modo de profecía, se posicionaba abruptamente en el presente. De esta manera, la estructura narrativa del discurso apocalíptico se instala de manera estratégica para narrar los acontecimientos. Dicha estructura consiste precisamente en anticipar y vislumbrar la catástrofe, produciendo la impresión de que el futuro se vuelve presente. El narrador, como sujeto apocalíptico, se sitúa como elemento fundamental para dar cuenta de esta estructura narrativa, dado que nos presenta y narra la historia de un profeta que vislumbra el fin de una era a modo de reflejar un discurso que rompe radicalmente con el pasado y su civilización.

Dicha situación expuesta se relaciona fuertemente con el contexto en el cual se enmarca la obra de Huidobro. No hay que olvidar que dicha novela fue escrita en 1934, ad portas de la Segunda Guerra Mundial, como si fuera un anticipo de lo que podría suceder a nivel mundial en esa época en Europa.

La alusión a las grandes potencias que disputaban la hegemonía mundial es evidente, como cuando se intuye, en una primera instancia, que el ataque a París podría provenir de Alemania. En la década de 1930 se comienza a gestar en Alemania lo que sería la ideología nacionalsocialista, producto de lo debilitado que había quedado este país luego de la Primera Guerra Mundial. Luego de la derrota de Alemania en esta Guerra, este país debió pagar tributos. Esto, sumado a la crisis económica de 1929 y un gran cuestionamiento a los regímenes que hasta entonces manejaban el país, generó una gran crisis al interior de Alemania, trayendo como consecuencia el nacimiento de esta ideología absolutista.

La intuición de Roc de un posible ataque alemán a París, alude indiscutiblemente al contexto real en el cual se sitúa la obra, reflejando una posible disputa ideológica. En la novela, dicha disputa, es la que traería como resultado el Apocalipsis.

Es importante destacar, que si bien Alfredo Roc esperaba la inminente catástrofe en Europa, él, junto a sus dos amigos, no dejaron de sorprenderse al llegar a este París cubierto de muertos. La sorpresa se funda en la forma en que se llevó a cabo el exterminio: los atacantes habían lanzado un gas que petrificaba a la gente, un gas, que hasta entonces, era absolutamente desconocido.

Dicha imagen que nos presenta la novela, puede estar expuesta a modo de crítica frente a los nuevos avances en materia de armas de guerra. En el contexto en que se sitúa esta obra, no es extraño pensar en lo que años después ocurriría con el término de la Segunda Guerra Mundial: la bomba atómica que destruyó por completo las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Si bien los hechos que narra la novela de Huidobro en París son anteriores al ataque a Japón, la imagen apocalíptica de gente petrificada por un desconocido gas se asemeja bastante al de la gente muerta por el efecto de la bomba nuclear. La crítica a los nuevos procedimientos utilizados en la Guerra, ya en 1934 se hacía evidente.

Esta crítica se basa principalmente en la nueva tecnología como elemento autodestructivo. Como antes explicamos en un diálogo que sostiene Roc, la autodestrucción es inherente al ser humano, ya que el hombre busca la muerte precisamente por miedo a esta. En el desarrollo de la inteligencia humana el hombre ha desarrollado elementos que tienden a la autodestrucción. Esta crítica se expone justamente cuando el protagonista cuestiona lo hecho por el ser humano, sorprendiéndose de lo que puede llegar a crear:

“- Mira, mira Roc, aquí en las gradas de esta casa, una mujer muerta con una criatura en los brazos. Parece que estuviera viva.

- ¡Qué espanto! Y esto puede hacer el hombre (...)

- Amigos míos, hay que sobreponerse a los nervios, hay que dominar el corazón. Lo que vamos a ver esta noche es algo que pasa más allá del límite supuesto, es algo repugnantemente extrahumano” (Huidobro, 65)

Los cuatro amigos recorrían este paisaje apocalíptico que llenaba París. Muertos al interior del metro, dentro de los autos, casas y calles dibujaban el panorama de la ciudad. Ante tal catástrofe, ellos “ya no hablaban. Para qué hablar? ¿Es que aún existe la palabra humana? ¿Aún tiene voz el hombre? (Huidobro, 66)

Aquel panorama que se presentaba ante los protagonistas, pareciera aludir a un quiebre en el intercambio y comunicación de la experiencia, originado por la catástrofe que se dibujaba delante de sus ojos. Roc y sus compañeros, al encontrar París lleno de muertos por todos lados, han enmudecido. A partir de esto, podemos basarnos en la teoría que Walter Benjamín expone, la cual establece un cese de la experiencia luego de la Primera Guerra Mundial:

“Con la Guerra Mundial comenzó a hacerse evidente un proceso que aún no se ha detenido. ¿No se notó acaso que la gente volvía enmudecida del campo de batalla? En lugar de retornar más ricos en experiencias comunicables, volvían empobrecidos” (Benjamin, 112)

Dicho enmudecimiento del cual habla Benjamin refiere a la existencia de una generación que de un minuto a otro se ve en el más absoluto desamparo, observando la devastación que ha producido la guerra y cómo esta ha llevado a un quiebre en la ética. Tal enmudecimiento se produce a causa de que el ser humano se ve empequeñecido frente a las fuerzas de la Guerra, su tecnología arrolladora, dejándolo sin experiencia alguna de poder transmitir.

La devastación produce efectos en quienes la observan, los hace dudar de lo observado y de sí mismos. Es aquí donde se produce un quiebre en la narratividad, manifestado en un monólogo del protagonista. Roc era el principal emisor del proyecto utópico que se llevaba a cabo en Angola, repartiendo panfletos por las calles europeas y hablando con cada persona que le pareciera útil para su proyecto, trataba de convencerlos de una posible salvación en tierras africanas luego de la catástrofe final. Sin embargo, este discurso comienza a debatirse en el interior del protagonista:

“¿Soy yo Roc o no soy Roc? ¿Es verdad que me fui con un grupo de amigos al África y que hace sólo tres días he vuelto a Europa? ¿He salido alguna vez de Europa? Y si me encontrara de repente con el cadáver de Roc, tendido en el suelo?... ¿Y si esto fuera la muerte? ¿Y si yo estoy muerto? Esto podría perfectamente ser mi entierro? (Huidobro, 71)

Desde esta perspectiva, podemos ver cómo esta novela refleja el contexto de la época y el quiebre ético a consecuencia de la Primera Guerra Mundial. Se cuestiona la masividad de los ataques y la cantidad de personas muertas. La nueva tecnología era, paradójicamente, autodestructiva. Frente a esto, Roc tiene una visión clara: “La Historia no perdonará jamás” (Huidobro, 71)

Frente a esta catástrofe, el proyecto utópico de Alfredo Roc en Angola se posicionaba como la mejor alternativa de salvación frente a la devastación que habían producido los primeros ataques en París. Tiempo después, Roc y sus compañeros se enterarían de lo sucedido en Bruselas: el enemigo, sobre el cual aún se especulaba de su identidad, había lanzado un gas que dejaba a la gente absolutamente loca. Bruselas se convertía de un minuto a otro en un manicomio.

Ante este panorama de devastación, tres millones de hombres muertos producto de gases mortíferos y la Capital de Francia convertida en un cementerio, asume el poder del país el Dictador Invisible, quien promete arreglar la situación de Francia e impedir otro posible ataque. La población no se opone.

Dicho escenario nos recuerda nuevamente el contexto en el cual fue creada esta novela, ya que alude de manera significativa al surgimiento de ideologías absolutistas luego de la Primera Guerra Mundial, en especial en aquellos países que fueron vencidos, como por ejemplo, el surgimiento del nacionalsocialismo en Alemania.

Por su parte, el narrador nos vuelve a mostrar su particular punto de vista frente a la Guerra que se había desatado:

“La guerra es la guerra y en la guerra se trata de matar, de matar el mayor número posible de enemigos y de vencer, Si aceptáis la guerra debéis aceptarla en todas sus formas, con todas sus consecuencias. Las guerras no se hacen con caramelos, ni con serpentinas. Y esto no cambiará mientras no cambie la organización total que rige a los hombres desde siglos. Lo demás son quimeras” (Huidobro, 87)

El narrador hace especial hincapié en el cambio a nivel estructural que debe sufrir la sociedad a nivel mundial, de lo contrario, las guerras seguirán por años. El escapar de esta situación y establecer un mundo paralelo, para el narrador, es una quimera. Frente a la alternativa paradisíaca que prometía Alfredo Roc luego de la catástrofe, el narrador pone énfasis en que el cambio, es decir, la verdadera alternativa utópica luego de la debacle mundial, no está en Angola, sino en una nueva forma de organizar la sociedad. Lo anterior, vuelve a poner en jaque el discurso establecido por el protagonista, dando pie a la configuración de una nueva alternativa utópica: el socialismo.

Roc, junto a sus compañeros de viaje, tras observar la catástrofe producida por el ataque a Francia, comienzan a especular sobre quién podría ser el atacante. Uno argumenta que podría haber sido Italia, al mando de los fascistas, quienes no tienen respeto alguno por los tratados. Otro argumenta que podría ser Rusia, el principal opositor a los gobiernos capitalistas. Finalmente, se argumenta que el sistema capitalista en general es el culpable de lo sucedido, ya que “lleva la guerra pegada a su cuerpo como un órgano más y no podrá nunca encontrar el medio de eliminarla. Eliminarla sería cortarse un órgano esencial e indispensable a su vida” (Huidobro, 91)

Tras lo sucedido en Paris, Alfredo Roc se encuentra con su hijo Silverio en Marsella, quien acababa de llegar de Rusia, único país que al parecer le interesaba. En ese encuentro, Roc intenta nuevamente convencer a su hijo de viajar a Angola, sin embargo este le argumenta que una posible huida sería una cobardía: “Todos debemos

contribuir a la revolución. Tú, padre, has proclamado la fuga; yo pienso que hay que quedarse aquí y si es preciso morir aquí” (Huidobro, 91)

En este punto es donde se evidencia de manera más clara el otro discurso inserto en la obra. El discurso utópico de Roc se ve fuertemente cuestionado por el discurso revolucionario de su hijo, aludiendo a la verdadera alternativa de salvación, el comunismo. En dicho encuentro, ambos personajes discuten sobre lo que está ocurriendo en el mundo. Roc argumenta que lo que ha sucedido en Europa el último tiempo es el comienzo del fin, mientras que Silverio, quien se muestra escéptico frente al acabo de mundo, argumenta que de ser así, el mundo se acabaría porque “había llegado un punto en el cual era preciso comenzar todo de nuevo” (Huidobro, 92). Comenzar todo de nuevo es aludir a lo que se está llevando a cabo en Rusia, el mundo del porvenir.

El cuestionamiento que Silverio le hace a su padre se basa en lo erróneo de su proyecto. Ironiza con el concepto mismo de Utopía, aludiendo a la imposibilidad de que se realice, indicando que se trata de una quimera, un sueño que pronto se derrumbará. El fundamento de Silverio para cuestionar el proyecto de su padre radica en lo que antes ya se había mencionado: la Utopía del nuevo país en tierras africanas reproduce desde su origen el sistema capitalista de la antigua civilización. Esto implicaría reproducir lo que la ideología socialista, en la cual se basa el pensamiento de Silverio, ha intentado destruir, es decir, la lucha de clases:

“-Y por eso ahora piensas que son las aristocracias las que deben emigrar al África y crear allí un nuevo imperio de esclavos. Nos abandonáis la Europa para ir al África a repetir vuestra infecta civilización de explotadores y explotados... tu emigración aristocrática al África es una utopía” (Huidobro, 93)

La intuición de que el proyecto de Roc está destinado al fracaso se hace cada vez más evidente. Tiempo después del ataque a París y Bruselas, un nuevo ataque sorprende a Alemania, Berlín había sido totalmente destruida. Frente a esto, la comunidad formada

en Angola tenía puesta los oídos en Europa y en lo que allí sucedía. Como era de esperarse, los ánimos decayeron y la ilusión de formar un nuevo mundo paralelo, lejos del caos, se hacía cada día menos viable. Los aquejaba la imposibilidad de hacer oídos sordos frente al inminente Apocalipsis que Roc tanto había predicado. El sueño de vivir en paz se derrumbaba al recibir las noticias de nuevos ataques, ante los que no se podían mantener indiferentes. Pesaba una angustia mental: “¿Construir solos, lejos del mundo que agoniza, un mundo nuevo! Pero, ¿cómo cubrirse los oídos?, ¿cómo dejar de mirarse las caras?” (Huidobro, 101)

El sueño de convertirse en una isla, lejos de la hecatombe, se hacía cada vez más difícil en África. Al interior de la comunidad se comenzaba a discutir sobre la idea de haberse traído una selección de los mejores inventos de la antigua civilización. Unos argumentaban que estos llevaban en su interior la fatalidad y que provocarían la destrucción, tal como sucedió en Europa. Para que esto no sucediera, había que destruirlos. Por el contrario, Roc era partidario de la idea de rescatarlos y darles un nuevo uso. Según él, lo erróneo no estaba en la maquinaria, sino en el mal uso que le había dado el hombre. Tras esta discusión, se llega al acuerdo de encerrar en el museo de la ciudad todos los inventos por un período de 100 años, rodeados por una fosa para evitar que algún hombre intentara acercarse.

Dicha discusión se extrapolaba poco a poco al sistema que se instauraría en Angola, debatiéndose entre la reproducción o no reproducción de las normas y leyes que hasta entonces sustentaba la antigua civilización. Mantener las mismas ideas que habían llevado al sistema capitalista a la autodestrucción, era condenar a muerte al nuevo mundo. En este orden de ideas, el narrador nos advierte de su perspectiva frente al tema, exponiendo una teoría sobre la linealidad de la vida, es decir, que todo tiende a morir, que todo lo que tiene un origen debe tener un fin. Si Roc nos plantea una perspectiva cíclica, es decir, de renovación en base a lo antiguo, lo cual no debe morir, el narrador nos expone la idea de que las sociedades deben perecer para dar paso a algo totalmente nuevo:

“Todo tiene que morir. Todo lleva en sí su muerte. Esta es una ley absoluta, acaso la única ley absoluta. Vivir no es otra cosa que ir desarrollando la muerte.

Cuando una sociedad no se resigna a morir para dar vida a otra, para dejar su sitio a otra, entonces se produce el envenenamiento general y viene la hecatombe. Una sociedad debe sentir cuando entra en la decrepitud, no debe tratar de engañarse con artificios y maquillaje. Debe darse cuenta de que está viviendo artificialmente y tener la discreción, la generosidad de dejar su sitio a quien deberá fatalmente ocuparlo. Las catástrofes se producen por falta de generosidad” (Huidobro, 107)

La perspectiva lineal que expone el narrador se contrapone drásticamente a lo señalado en la Utopía de Roc. Este punto cobra relevancia en la medida que la estructura del discurso apocalíptico tiene en su base una organización lineal, ya que propone la destrucción total de un cierto origen. El Apocalipsis visualiza el final de un determinado comienzo. De esta forma, el discurso de Roc tendería a reproducir la historia, por ende, tendería a reproducir un final apocalíptico.

Dentro de la nueva comunidad africana se discute sobre lo que sucede en el resto del mundo de forma paralela a lo que se estaba gestando en Angola. Los distintos puntos de vista se comienzan a perfilar cada vez con mayor fuerza, unos expresando simpatía por el proyecto ideológico de Rusia, otros criticándolo.

Este punto es de vital importancia dado que la utopía socialista poco a poco se comienza a presentar como una nueva alternativa tras el desastre desatado en Europa y el declive del sistema capitalista. Como ya habíamos dicho anteriormente, la Utopía se presenta como alternativa luego del Apocalipsis, estableciendo una clara relación de causa y efecto. La base de la alternativa que se estaba gestando en Rusia, en contraposición al sistema capitalista, se fundaba en la base del colectivismo, lo cual cobra relevancia en la medida que el concepto de Utopía guarda en su interior la

colectividad como medio para la construcción de una nueva sociedad. Esto, sin duda, se contrapone al individualismo, ya que bajo la lógica del individualismo no se podría concretar el proyecto de la construcción de una nueva sociedad ideal.

La Utopía, en este caso la socialista, se configura desde la colectividad para, desde ahí, construir verdaderos individuos. Es así como el proyecto impulsado en Rusia se comienza a configurar como una alternativa utópica en la novela, como una respuesta al sistema capitalista en crisis. Si el Capitalismo se basaba en una mala repartición de la riqueza, la alternativa socialista proponía una repartición más justa, lo cual llevaría a una mejora en el desarrollo del individuo.

Un día, Alfredo Roc tiene un sueño. En este, el protagonista se encuentra con una serie de hombres que vendían periódicos. De un momento a otro estos comienzan a gritar:

“EL SUICIDIO DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

- Y a mí qué me importa el suicidio de ese señor, exclamé con rabia.
- Sí, tiene importancia, gritó una voz detrás de mí. El Presidente se disparó tres tiros.
- ¿Tres tiros? Imposible.
- Sí, señor, tres tiros, y esos tres tiros son tres puntos suspensivos en la Historia.
- A mí nada me importa, yo ya salí de la Historia...
- Se equivoca usted, joven; nadie puede escaparse, nadie ha encontrado las puertas de la Historia.” (Huidobro, 116)

Lo significativo de esta parte del sueño radica precisamente en la incertidumbre que vive la Historia en relación a lo ocurrido a nivel mundial. El suicidio del Presidente de Estados Unidos refiere a la muerte de la máxima imagen del Capitalismo. En este sentido, el simbolismo de los tres puntos suspensivos refiere a un dilema clave: el

sistema que hasta entonces dominaba y estructuraba la sociedad a nivel mundial se ha derrumbado, ¿qué ocurrirá después de esto? ¿Qué vendrá? ¿Nos encontramos frente al fin de la Historia? A su vez, si tomamos al presidente como representante del sistema capitalista, podemos plantear que así como el presidente se suicidó, el sistema capitalista es el causante de su propia muerte: un sistema que estaba destinado a la autodestrucción.

Frente a esto, Roc responde aludiendo a la poca importancia que este hecho tenía en su vida, ya que él se encontraba fuera de la Historia. De esta forma, Roc alude de manera categórica al concepto mismo de Utopía, posicionando su proyecto desde el alejamiento, desde un lugar fuera de la Historia. Crear este nuevo mundo lejos de la antigua civilización, representado por medio de la metáfora de una isla, significaba posicionarse fuera de la Historia, la cual seguía su transcurso normal en el otro mundo. Sin embargo, uno de los vendedores vuelve a cuestionar su ideal inserto en el proyecto africano, señalándole de manera categórica que es imposible salir (escapar) de la Historia.

Nuevamente nos vemos enfrenados a un cuestionamiento de la utopía africana que Roc quería llevar a cabo, el ideal de un lugar apartado de la civilización, lejos de la Historia se convierte poco a poco en un imposible.

Dentro de este mismo sueño, Roc visualiza la catástrofe que estaba ocurriendo a nivel mundial. En su sueño, iban apareciendo poco a poco una gran cantidad de ataúdes, los cuales representaban los hombres muertos producto de la Guerra:

“Luego ya no eran hombres los que venían, eran países que se desprendían de sus continentes y llegaban unos en pos de otros a acostarse cada cual en su ataúd. Detrás venía una larga fila de planetas, llegaban a los ataúdes y se acostaban” (Huidobro, 121)

Luego de esto, el protagonista observa una fila de miles de parejas de distintas maquinaria. Dicho panorama alude de manera evidente al Arca de Noé. Sin embargo, la gran diferencia, es que las parejas ya no eran conformadas por animales de distintas especies, sino por diversas máquinas inventadas por el hombre.

“Mirando fijamente pude ver que aquello no eran monstruos, sino grandes y pequeñas maquinarias, motores, instrumentos diversos, etc, que marchaban por pareja, de dos en dos y se perdían en el fondo de la caverna. Iban dos hermosos aviones, dos magníficos automóviles, dos locomotoras... Todos iban en una marcha de procesión y parecían satisfechos de sí mismos, orgullosos de su perfección” (Huidobro, 121)

A partir de esta metáfora podemos plantear que las máquinas han llegado a suplantar al ser humano, lo que en definitiva aludiría a una superación del invento hacia su propio creador. En este punto, se vuelve a plantear la idea de que la inteligencia humana ha llevado al hombre a la autodestrucción. La artificialidad, disfrazada de progreso, ha llegado a superar a la naturaleza. Esto, en definitiva, habría sido provocado por el Capitalismo.

En el sueño, fueron encerradas dentro de una montaña cada una de las parejas de las máquinas creadas por el hombre. Al final del sueño, la cumbre de la montaña se derrumbaría tras haberse incendiado: “cayó ardiendo el techo de la montaña que era un gran libro abierto” (Huidobro, 125). El trágico final que las máquinas sufren al final del sueño, pareciera anticipar de manera apocalíptica el final de la novela, y con eso, el derrumbe del proyecto de Roc.

En la comunidad africana, así como en el sueño, las máquinas habían sido encerradas en el museo de la ciudad, ante la desconfianza de algunos habitantes de que estas pudieran replicar el desastroso sistema capitalista. Dichos habitantes seguían inseguros y creían que en ese museo se encontraba el peligro del futuro: “El hombre dice: ‘Yo he creado el alma de la máquina’. La máquina dice: “Yo he creado el mecanismo del hombre” (Huidobro, 138)

Finalmente, el recelo frente a las máquinas que tenían algunos habitantes de Angola, terminó por destruir el proyecto utópico de Roc. Algunos habitantes habían prendido fuego al museo con el fin de destruir todo invento humano que permaneciera en Angola. Esta imagen apocalíptica desatada por las llamas, presagiaba el comienzo del

fin de la comunidad africana. La Utopía se desmoronaba en la medida que el desastre de la destrucción del antiguo mundo se replicaba en ese lejano rincón del planeta. El sueño de la sociedad ideal se hacía cenizas junto con el museo. El error radicaba precisamente en la conformación de un nuevo lugar a partir de lo mejor del antiguo. Así, lograr escapar de la Historia se hacía evidentemente imposible. El proyecto utópico de Alfredo Roc había fracasado.

“Una tragedia más o muchas tragedias menos. Gritos, clamores, alaridos. La carne de la Tierra. Arriba el cielo con los ojos cerrados. Nada más que el cielo, el cielo profundo, misterioso en su marco de infinito.

Nunca en el cielo se había visto una impasibilidad semejante, era una impasibilidad aterradora.

Baltasar Doriente miraba en silencio y parecía mirar algo más allá, mucho más allá del incendio.

En ese instante el techo del museo se desplomó estrepitosamente, cayó ardiendo como un gran libro abierto.

Y se oyó la voz de Roc que parecía aullar al infinito: -Rusia, Rusia, mi hijo tenía la razón. Rusia, la única esperanza” (Huidobro, 143)

El sueño que Alfredo Roc había tenido se replicaba en la realidad. Su proyecto se había desvanecido. Ante el fracaso de Angola, la alternativa frente al derrumbe del sistema capitalista y el desastre en la comunidad africana, solo era una: la revolución socialista.

CAPÍTULO III: 2010: Chile en llamas

La novela “2010: Chile en llamas” fue escrita por el autor chileno Darío Oses en 1998. Dicha novela se enmarca dentro de un contexto de transición hacia la democracia chilena luego de una Dictadura de 17 años, lo cual la posiciona dentro de un panorama bastante especial tanto a nivel político como social. La generación de autores que ha vivido este acontecimiento político comienza a desarrollar obras en las cuales se vislumbra un sujeto en crisis. Esto estaría directamente relacionado con los hechos políticos acontecidos tanto en Chile como a nivel mundial, como lo son la caída del muro de Berlín, y junto a ello, el eclipse de las grandes ideologías absolutistas que dominaban gran parte del siglo XX. Lo anterior, sumado a un escepticismo de fin de siglo y una sociedad que se consume a sí misma producto del estallido neoliberal, van configurando un paisaje apocalíptico del Chile del futuro. Así, el porvenir se convierte en duda y el sujeto inserto en este mundo se manifiesta desorientado.

Esta obra proyecta el Chile de principios del siglo XXI, el cual se representa por medio de un país bastante deteriorado, inmerso en el más absoluto liberalismo y caos ambiental, lo cual estaría directamente relacionado. Las primeras imágenes que se proyectan del país, parecieran reflejar una suerte de agonía. El smog, como una densa nube, se ha apropiado del cielo, y los mega-edificios han reemplazado a cualquier tipo de vegetación:

“En el país todas las cosas iban perdiendo su forma y sus contornos. Aún los edificios de concreto parecían de plástico calentado por los rayos del sol invisible que penetraban a través de la bruma. Y era esta bruma húmeda y tórrida, hecha por una mezcla de emisiones de gases y nieblas provocadas por las alteraciones climáticas, el material que se veía más estable y consistente en la ciudad de Santiago, en la primavera del 2010” (Oses, 8)

En el interior de esta ciudad en deterioro, Santiago se plantea como el epicentro de los negocios, aludiendo de forma significativa al neoliberalismo. En este sentido, la

imagen de un Chile apocalíptico se comienza a relacionar desde el comienzo de la obra con el sistema neoliberal implementado por la Dictadura a principios de la década de los 80. El legado que ha dejado este régimen autoritario ha provocado no tan solo un gran crecimiento económico para el país, sino también el deterioro absoluto de este mismo: el centro económico del país es también el reflejo de su agonía.

En este contexto, un olvidado Dictador yace en una cama de un hospital en proceso de derrumbe. El único sitio que habían acordado mantener en pie era precisamente donde se encontraba el General, el cual sería derribado luego de la muerte de este: “En medio de ese mundo flotante, el General, la figura política más dura del siglo XX, también se estaba deshaciendo” (Oses, 9). La próxima muerte del máximo líder dictatorial chileno plantea, a modo de metáfora, la disolución del último vestigio de autoritarismo en el país. Sin embargo, los efectos de aquel proceso político aún sobreviven, dado que la Dictadura fue la precursora del sistema neoliberal chileno en la década del 80. Aquí se presenta la primera paradoja; si bien el principal líder y precursor del libre mercado comienza a diluirse, el neoliberalismo ha tomado una fuerza dominante en el país.

En el contexto de plena Dictadura, el neoliberalismo se establece como sistema económico derivado del capitalismo, lo cual se contrapone de manera absoluta a la ideología socialista que se pretendía destruir. En este sentido, la muerte del Dictador, aludiría a que la confrontación de ideologías que se había dado en el apogeo del siglo veinte poco a poco se va debilitando, no son más que un recuerdo en la mente del General. La agonía del máximo líder del neoliberalismo y dictadura representaba la agonía de esta eterna confrontación: “... el cerebro del General se apagaba, llevándose a la muerte los recuerdos de su implacable guerra contra el comunismo nacional e internacional, a los que estaba convencido de haber derrotado” (Oses, 13)

De este panorama que nos va entregando la obra de Oses desde un comienzo, se desprenden numerosas problemáticas que tienen que ver con la construcción (o fragmentación) del sujeto inserto en esta sociedad. Por un lado, se podría plantear una

individualización del ser humano en la novela bajo diversos parámetros (distintos, pero a la vez confluentes entre sí). El primero de ellos recae en la configuración de un sujeto individualista a consecuencia de la sociedad de consumo, y por ende, una pérdida de la colectividad. El segundo punto, en estrecha relación con el anterior, tiene que ver con una cierta pérdida de utopía dado el contexto en que se sitúa la obra. Esta pérdida generaría un desgaste de ideales comunes, a la vez que se nos presentan seres desorientados, alienados, víctimas de un mundo degradado. El tercer y último punto tiene que ver con el concepto de orfandad acuñado por Rodrigo Cánovas, refiriéndose a una ausencia del referente paterno. Esto último se evidencia en lo que anteriormente se expuso, el neoliberalismo expresado a través de un discurso irónico. Por ende, si el neoliberalismo se presenta como herencia de la Dictadura, dicha herencia se nos presenta como un absurdo, lo cual traería como consecuencia personajes carentes de referentes. Todo este conjunto construiría (y deconstruiría) a un sujeto como un ente individualista, carente de referentes sociales e inserto en un mundo manejado por un inminente Apocalipsis. El discurso apocalíptico se nos presenta así como el discurso que estructura y organiza la novela para presentarnos una sociedad y, en particular, un sujeto en crisis.

Desde el comienzo, en su título, la obra alude a este tipo de discurso. La anticipación del Chile del 2010 se presenta a modo de profecía del futuro de un país, el cual, bajo la lógica de la sociedad de consumo, está destinado a morir. Las imágenes desarrolladas al principio de la novela son claves para detectar este posible acabo de mundo. La sociedad se ha abierto al más absoluto liberalismo, lo cual, como veremos más adelante, trae como consecuencia un deterioro social. Por medio de un discurso que tiende a la ironía, se refleja la privatización y libertad individual exacerbada que se ha insertado en el país. Esto se puede observar en la discusión que surge entre el fútbol y la libertad individual para consumir cualquier tipo de estupefacientes:

“...en un país que era ejemplo para el mundo en materia de respeto a las libertades individuales, y donde cualquier ciudadano podía comprar la droga

que quisiera y hacerse responsable de los resultados que acarrearía su consumo, no era posible seguir discriminando a los deportistas profesionales, que eran los únicos que habían quedado a margen de los beneficios de la legalización de estimulantes y estupefacientes” (Oses, 11)

Lo que intenta reflejar el fragmento anterior es la directa relación entre sociedad de consumo, dado por el sistema neoliberal, con la libertad individual de cada sujeto que compone la sociedad. Esto, en palabras de Gilles Lipovetsky, estaría dado por un proceso de personalización en el cual “el ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado” (Lipovetsky, 7), dando paso a la subjetividad y el respeto por la singularidad como valor fundamental de la sociedad postmoderna. En “2010: Chile en llamas” esto es llevado al extremo por medio de la ironía para reflejar de manera absoluta el caos y derrumbe que vive la sociedad.

Para llevar a cabo este proceso de individualización y valorización de la subjetividad es preciso que la sociedad de consumo se establezca a partir de la mayor cantidad de opciones posibles para ese individuo en particular. Este proceso solo se alcanza con la privatización de la mayor cantidad de elementos posibles. En este sentido, esta novela refleja de manera contundente e irónica la absoluta privatización de la sociedad chilena. Esto ocurre en desmedro del rol estatal, ya que cada vez se va extinguiendo con mayor fuerza los últimos elementos estatales que quedaban.

Dicho panorama se ve reflejado en el rol que tienen las fuerzas armadas. Por un lado, los guardias privados tenían un valor mayor en comparación a cualquier militar. Por otro lado, la privatización de la Defensa nacional, ante el argumento de que se debía modernizar el Ejército, da paso a la construcción de una nueva entidad privada, la Corporación Cóndor, lo que va deteriorando cada vez más la alicaída institución militar. Por último, el mejor reflejo del deterioro estatal se presenta en la imagen que se muestra del parque O’Higgins, lugar que había sido ícono de la parada militar en tiempos anteriores:

“El Regimiento había llegado a la elipse en los destartados buses que podía pagar con su presupuesto. En cuanto bajaron, los hombres percibieron el hedor y luego vieron la pista obstruida por montones de bloques de basura compactada. Se desplegaron por el desierto de asfalto y pasto seco, en busca de alguien que pudiera responder por esa afrenta. Llegaron hasta las ruinas de un parque de juegos, donde los gigantescos cadáveres horadados de tribilines y mikeys reposaban entre las estructuras herrumbrosas de una montaña rusa” (Oses, 16)

El Parque O’higgins, centro de las antiguas paradas militares, se había convertido en un vertedero. Esto de alguna manera representaría que los militares, símbolo de una antigua y olvidada dictadura, ya no son más que basura, desecho. Y junto a ellos, se ha desechado todo vestigio de estatalidad. Paradójicamente, el neoliberalismo, sistema impulsado por los mismos militares años atrás, sería precisamente el sistema que impulsaría más adelante la completa libertad individual, un quiebre con todo lo que huele a pasado y de forma más radical, con toda confrontación ideológica extrema, refiriendo a la eterna lucha entre Comunismo y Capitalismo. De esta forma, el sistema impulsado por los militares, es el mismo sistema que los transformaría en desecho, en desperdicio. Reducir a basura los últimos restos estatales que sobrevivían en esta sociedad es, de alguna forma, avalar la privatización de todo lo que sea posible.

En este contexto, la ciudad se iba convirtiendo en un verdadero basural: “Santiago estaba ahogándose en sus propios desperdicios; los pocos vertederos habilitados era carísimos. Mientras tanto prosperaban los recolectores clandestinos que retiraban las basuras e iban a botarlas en cualquier parte” (Oses, 18). En relación a esto, se puede plantear que la sociedad de consumo, producto de la exacerbada privatización, trae consigo como consecuencia los desechos, la basura social. Esto sucedería a causa de que la mercancía sería cada vez más desechable y se establecería un deseo por la novedad y la renovación continua. Dicho panorama funcionaría a modo de crítica frente a lo que el neoliberalismo produciría tanto a nivel social como ambiental:

“Desde el día anterior se venía advirtiendo que el agujero del ozono, que se contorsionaba allá arriba, cambiando de posiciones y de formas, estaba sobre Santiago. Si la radiación UV fuera visible, los soldados habrían podido contemplarla como una torrencial lluvia tornasolada, que rebotaba en el paraguas del coronel, para escurrir por las graderías y saturar la pista como una liviana inundación suspendida sobre el pavimento” (Oses, 19)

Frente a este escenario, en el cual se nos presenta un panorama apocalíptico, se comienza a vislumbrar la sociedad que pretende representar la obra, sociedad conformada por sujetos alienados y desorientados. El caos se desata luego de un partido de fútbol entre Chile y Perú, en el cual el equipo local sale derrotado. Este resultado trae como consecuencia el desborde social.

El fracaso del equipo chileno trae consigo la enajenación total de quienes observaban el partido. La derrota no solo establecía de manera explícita el fracaso futbolístico y revivía una antigua riña entre países vecinos, sino también dejaba entrever un síntoma que cada vez se hacía más evidente en el Chile del 2010, el único elemento que lograba aglomerar a sus hinchas en torno a un sentimiento de nación, se había esfumado:

“Habían dejado de creer en el fútbol, en ese deporte que se transmitió de padres a hijos... en ese fútbol que era el último soporte de la nación, lo único que aún unía a unos hombres con otros y conjugaba las pasiones, las euforias y las furias de todos” (Oses, 47)

El caos social y el clima apocalíptico se comienzan a desatar luego de que el concepto de nación ha muerto por completo, simbolizado en el fracaso futbolístico. De esta forma, se puede plantear que el ocaso de la sociedad comienza con el fin de la nacionalidad, ocasionado por un sistema político y económico basado en el neoliberalismo.

Tras el pitazo final, los hinchas comienzan un desborde producto de la ira, destruyendo rejas y masacrando jugadores, no importando a qué equipo pertenecieran. El árbitro tiene que salir corriendo de la cancha, tras ver que no había guardias de seguridad por ningún lado. En las afueras del estadio, los vecinos se habían esfumado tras el temor que provocaba la horda de gente, los cuales saqueaban casas y supermercados. El caos social comenzaba a desatarse. En la radio, un locutor fiel seguidor del General, predicaba como un profeta:

“¿Por qué perdimos el partido? Ya lo dije: no se le puede echar la culpa a las chamonadas de Esparza que también hizo lo suyo. Lo que pasa, mis amigos, es que aquí hay una profunda DESMORALIZACIÓN. No sacamos nada con tener el mejor equipo del mundo si no tenemos un país sano, pujante, confiado en si mismo que lo sustente... Yo vi venir este desastre... ¿Iremos a ganar alguna vez un campeonato de fútbol con un país que huele a descompuesto?... Porque lo que ellos y todos necesitamos urgentemente en este país es un padre” (Oses, 50)

De esta forma, se puede plantear que la desmoralización ha sido a causa de una ausencia paterna. Si tomamos la figura del General como uno de los pocos vestigios de estatismo que aún prevalecían en el país, el olvido del dictador, el olvido de este padre, alude a la muerte de la nación y al nacimiento de un liberalismo desatado. Sin embargo, no hay que olvidar que este sistema neoliberal fue impulsado precisamente por este olvidado General, de cual nadie percató su muerte a causa del partido de fútbol.

Tras el partido, las calles se habían llenado de jóvenes drogados y alcoholizados. Muchos de ellos sin familia y sin un proyecto de vida concreto, seres alienados por un sistema que los impulsa a la degradación. Chile se había convertido en el paraíso de la droga legal y donde el sexo virtual era posible. El deseo y las pasiones se habían vuelto un bien de consumo. El deseo que antes un ser humano podía encontrar en el otro, se había volcado a las tiendas de productos, a las alucinaciones individuales de la droga y

al sexo con una pantalla, convirtiendo a estos hombres en seres cada vez más individualizados.

El temor al contacto físico con el otro se había vuelto cada vez más radical, dada la multiplicación de diversos virus. Por esto, los burdeles en donde solían bailar mujeres reales se hacían cada vez más escasos, dando paso a tecnoburdeles que ofrecían servicios sexuales de forma virtual. Había sido uno de los grandes avances tecnológicos del siglo XXI, lo cual ayudaba a hacer que la vida de los ciudadanos de Santiago fuera más fácil y más libre. El mantener relaciones sexuales con un hombre o mujer ideal en forma virtual y que luego desapareciera, daba la opción a gran parte de la población a mantener una vida sexual activa sin establecer una relación con el otro. De esta forma son descritos estos lugares cuando el alférez Alvear visita uno de estos:

“el pequeño cubículo del tamaño de una cama, de un tecnoburdel muy especial, que tenía el nombre de *You must remember this*. En este tipo de negocios se acostaba al cliente para luego conectar sus centros nerviosos con estímulos multisensoriales que podían reproducir virtualmente hasta las experiencias sexuales más rebuscadas... Ofrecía programas tan refinados como *Una noche de amor con Cleopatra y sus esclavas nubias*. El cliente podía elegir también a cualquiera actriz de la historia del cine y llevársela a la cama, o protagonizar escenas de amor con ella” (Oses, 55)

En este aspecto, es importante destacar la presencia del deseo en la sociedad de consumo, elemento fundamental que funciona como base de este sistema. Según lo planteado por Tomás Moulian, el neoliberalismo, para llevar a cabo un eficaz funcionamiento, necesita instalar en las personas el consumo como deseo. En este sentido, la propaganda pasa a jugar un rol central dentro de este sistema ya que:

“... crea y reproduce en escala ampliada el deseo de la adquisición vertiginosa. Esparce ante nuestros ojos el deleite de los objetos o de los servicios, todo lo escenifica en medio de la belleza y el confort” (Moulian, 23)

Este proceso sería clave para volcar a las personas a un consumo compulsivo, funcionando también como mecanismo de control social en la medida que la gente obtiene todo lo cual es deseado. Esto se puede ver reflejado en el aviso publicitario de la aviadora, la cual invitaba a cumplir un deseo oculto aún no revelado al consumidor, manteniendo en reserva la marca que auspiciaba. El misterio, sumado a una clara alusión sexual y una propagación masiva del afiche, llevan a cabo el objetivo de cautivar a todo aquel que se tope con dicha propaganda.

Basándonos en lo expuesto por Tomás Moulian, el consumo adquiere una imagen de status social, la búsqueda de un prestigio por medio de la adquisición. Sin embargo, este status es generado por una falsedad, un engaño, por lo que se configura en términos de apariencia. La propaganda es, por segundos, la realización y la satisfacción de algún deseo, a través de la conformación de un “imaginario feliz” (Moulian, 70)

Según dicho autor, la problemática se inserta en la medida que el consumo “se apodera del interior del individuo... vaciándolo de sus valores o anulando sus prácticas” (Moulian, 65), configurando un individuo con un inevitable “...amor al confort, al lujo como estructurante de vida, como aquello que define nuestras formas de pensar” (Moulian, 66). De esta forma, la desmoralización que aqueja a la sociedad chilena de 2010 ha sido consecuencia del neoliberalismo impulsado hace 30 años atrás.

La construcción de una sociedad basada en el consumo va configurando poco a poco un mundo fundamentado en la distopía, entendiendo este concepto como “lugar malo”. Distopía que significa llamar la atención ‘acerca de aquellas características negativas que apuntan ya en el presente hacia la deshumanización, la alienación, la degradación moral y la pérdida de valores, como la libertad y la dignidad’ (Araya, 32). Dicho concepto se construye en la obra de Oses por medio del “avance de una sociedad hacia un mal concebido y peor proyectado desarrollo, además de plasmar el fracaso de un destino colectivo... es la tecnología, las comunicaciones, las privatizaciones, el fútbol y las drogas, las que proporcionan el control sobre un pueblo manipulado y sin voluntad” (Araya, 32) Esta distopía, fundamentada desde una utopía aparente es

precisamente la que traería como consecuencia el caos social y un inminente Apocalipsis.

En contraposición a esta sociedad basada en la apariencia, la tecnología, la virtualidad, la extranjería y la destrucción natural, se encuentran los pueblos originarios que, temerosos a este mundo que se construye frente a sus ojos, deciden emigrar hacia los rincones más recónditos del país:

“En un país donde sólo se informaba sobre fútbol, los shows estelares, las telenovelas y los indicadores macroeconómicos, había pasado inadvertido el lento y persistente regreso del pueblo mapuche a las tierras de sus antepasados, donde se atrincheraron, sirviéndose de los muros de las centrales hidroeléctricas en desuso como fortaleza” (Oses, 12-13)

En el fragmento anterior no solo se puede ver reflejada una alusión explícita al ecologismo, sino también una estrecha relación entre el pueblo mapuche y la utopía. Lo natural, el origen de la tierra, como lo representan los pueblos originarios, se atrincheran, se vuelcan en una “isla”, escapando de este mundo apocalíptico. Esta escapada de lo original hacia una trinchera tiene que ver con un aspecto utópico, la vuelta al origen. Lo anterior deja en evidencia una vez más que la sociedad de donde escapa el pueblo mapuche se configura como el prototipo de distopía, un mundo en donde la destrucción de hace inminente.

La inminencia del Apocalipsis radica en el nivel de decaimiento tanto social como moral en el cual se encuentra la sociedad, esto, a causa de un neoliberalismo llevado al extremo. Se nos presenta una ciudad basada en grandes edificios de cemento, símbolo de desarrollo económico y éxito a nivel país. Sin embargo, la otra cara, se nos presenta en los desperdicios que ha ido desechando este desarrollo.

Un ejemplo claro de lo anterior son los centros comerciales, los cuales habían dejado su tiempo de gloria para convertirse en lugares que albergan prostíbulos, burdeles y bares donde se comercializa la droga. El centro del neoliberalismo había pasado a ser

símbolo de la escoria social. En su época de gloria, los *malls* representaron el ícono máximo de una sociedad neoliberal. Esto, en la medida que guardaban en su interior un sistema que invitaba a la gente a funcionar de determinada forma, es decir, convertía a los seres humanos en autómatas frente al deseo del consumo. Los centros comerciales replicaban los deseos ocultos de la población, y estos, al entrar allí, veían un ideal hacerse realidad. El neoliberalismo, al construir como base social la sociedad de consumo, impone, como mecanismo de control, el deseo de la novedad. Esto, implica necesariamente un deseo por desechar el pasado, un deseo por abolir la memoria.

“...los *mall* tenían algo de volátil. Sus decorados cambiaban con cada estación del año, sus interiores se transformaban íntegramente para la Navidad, las vacaciones, la temporada de compras escolares o las fiestas patrias. Eran espacio sin fisonomía estable y sin memoria, y fue así como al final perdieron hasta los nombres que los identificaban y recibieron la degradación y el deterioro como otra de sus tantas transformaciones” (Oses, 53)

Lo importante de esto recae en la esclavitud que el consumidor genera frente al consumo, en la medida que una vez adquirido el confort se necesita mantener dicho status exigiendo cada vez más, manteniendo un determinado estilo de vida. El habituarse e insertarse en este sistema produce consecuencias bastante significativas en el plano político. El sujeto al ser esclavo de sus propios deseos, lo que se publicitan por medio de la propaganda, inevitablemente va dejando de lado ideales colectivos. En este sentido, es importante destacar que:

“En casi todas las sociedades latinoamericanas contemporáneas se vive la curiosa paradoja de que en el mismo momento que las sociedades entran en fases de desarrollo capitalista más pleno, desaparece del vocabulario la noción de lucha de clases. Pareciera que el derrumbe de las sociedades del socialismo colectivista hubiera sanado las imperfecciones del capitalismo” (Richard, 375)

Desde esta perspectiva, es importante hacer una importante relación. La gestación de un modelo neoliberal va directamente relacionado con la pérdida de ideales comunes, colectivos. Si lo anterior lo relacionamos con el hecho de que este sistema fue impulsado en un contexto de Dictadura, se podría llegar a plantear este sistema como un posible uso de poder frente a la sociedad, dando pie a la manipulación por medio de los deseos: “La sociedad parece haberse habituado al orden neoliberal, originado en una dictadura sangrienta” (Moulian, 45).

Frente a un pasado político bastante controversial, la novela presenta tres tipos de visiones distintas. Esto se ve reflejado en la escena en donde el alférez Alvear visita la tienda de antigüedades. Por un lado, se presenta la postura de Alvear y David, ambos apegados fuertemente al pasado, el primero de ellos fiel adherente de la Dictadura militar, mientras que el segundo mantiene una visión contraria. La tercera visión que se nos entrega es la de Vicky, amiga de la hija de David, perteneciente a las nuevas generaciones, hija del neoliberalismo, la cual no tiene una relación con el pasado. David, dueño de la tienda, manifiesta una particular visión acerca de los tiempos pasados, específicamente sobre el año 1945, período en que se da término a la Segunda Guerra Mundial:

“-Ese es el tiempo de la aviadora –dijo David-. Entonces todo era claro, luminoso. El mundo celebraba su triunfo sobre las fuerzas oscuras. Los territorios del mal estaban claramente delimitados. Ahora, en cambio, todo es tan confuso. Está empezando una guerra en que no sabemos quiénes son ni dónde están los enemigos. Una guerra que nadie va a ganar” (Oses, 63)

El fragmento anterior da cuenta de un debilitamiento de las ideologías que imperaron en el siglo XX. Dicho debilitamiento ha traído como consecuencia una sociedad conformada por individuos sin un especial apego a ideas colectivas. Esto, en definitiva, es lo que ha provocado seres carentes de referentes, desorientados e individualistas.

Las generaciones más antiguas intuyen que algo está pasando, que el mundo ha cambiado de manera drástica, lo cual ha traído como consecuencia el deterioro del país. Frente al poco interés de las generaciones más jóvenes, aquellas que no vivieron los años de Dictadura, los más viejos intuyen un posible acabo de mundo, un inminente Apocalipsis. Esto se ve reflejado en el diálogo que sostiene el alférez con David en la tienda de antigüedades, en el que Alvear pregunta si se acabará el mundo. David responde que solo se renovará. De esta manera, David alude a la posibilidad de una alternativa frente al caos que atraviesa la sociedad, a un renacer, a un nuevo comienzo luego del Apocalipsis. Dicho renacer tendría estrecha relación con el concepto de Utopía, ya que dicho concepto alude a una vuelta al origen, una renovación por medio de la construcción de una sociedad ideal luego del acabo de mundo. Esta visión de creer en una posible renovación refleja a su vez la posición ideológica de David. El hecho de que este personaje sea el dueño de una tienda de antigüedades alude metafóricamente a su relación que mantiene con el pasado. Si bien tanto Alvear como David mantienen una estrecha relación con el pasado, en una discusión entre la hija del dueño y el alférez, ella hace notar la diferencia entre su padre y Alvear:

“-¡No, córtala, mi papá es distinto! Fue dirigente sindical y trabajó en las poblaciones. Le interesaban las pandillas. Decía que eran como las tribus, las últimas formas de vida asociativa que iban quedando en un mundo donde todo es desafiliación, desapego y deslealtad. Estaba convencido de que si organizaba a las bandas callejeras, si conseguía dirigir toda esa fuerza combativa suicida hacia un objetivo político, nadie sería capaz de parar a la revolución y los fachos como tú terminarían colgados de los postes” (Oses, 71)

El fragmento anterior refleja una estrecha relación con la metáfora que guarda en su interior la tienda de antigüedades. El apego al pasado por parte de su dueño se relaciona con la idea de guardar en su refugio una época mejor en donde se creía en ideas colectivas. Dicha colectividad tiene que ver directamente con el concepto de

Utopía, en la medida que se alude a la configuración de una sociedad mejor por medio de un ideal común. En definitiva, este refugio alberga la ilusión de volver a ese pasado, de volver a una sociedad más comunitaria. Sin embargo, el hecho de que la tienda se encuentre en el último rincón de un *mall* venido a menos, alude a que la Utopía de una sociedad basada en el colectivismo ha sido olvidada, ha sido relegada al rincón de los desechos, como lo ha sido el mismo centro comercial.

Se nos manifiesta una sociedad basada en la carencia de Utopía, en la medida que el individualismo que existe restringe la noción de colectividad y, por ende, destruye la posibilidad de unión frente a ideas comunes y la viabilidad para construir una sociedad mejor. De esta forma, se construye un sujeto carente de referentes, insertado en una sociedad próxima a su extinción.

El país era gobernado por un grupo reducido, quienes administraban la tecnología, “los operadores”. Dicho grupo ya había vendido todo lo cual fuera vendible del país a grupos extranjeros, quienes habían llenado las costas de Chile con centrales de diversos tipos. Los legisladores se preocupaban de hacer valer cada una de las libertades individuales, como por ejemplo, el consumo y venta de droga. Esto, como planteamos anteriormente, para hacer valer los deseos individuales de cada ciudadano, estableciendo un sistema de control social. Así, el resto de la población se mantenía ajena al desarrollo del país, sin mayores preocupaciones que satisfacer sus precarias necesidades.

Tras el conocimiento de la muerte del General, muchos adherentes, algo seniles “recordaron la enérgica defensa que había hecho el General del ejército histórico, y coincidieron en la sensación de orfandad en que los dejaban su lamentable deceso” (Oses, 87). Esto expresa lo que anteriormente se había expuesto, una sociedad carente de referentes paternos, lo cual se relaciona estrechamente con el ocaso de las ideologías absolutistas a partir de la década de los noventa, causado por el derrocamiento de la Dictadura militar en Chile y, a nivel mundial, la caída del muro de Berlín. Las antiguas generaciones sienten este sentimiento de abandono e intuyen en la construcción de esta nueva sociedad neoliberal un estado de caos absoluto:

“- La patria ha perdido al mejor de sus hombres. ¿Es que el gobierno no va a rendirle los honores que corresponden?...

-¡Por supuesto que no! Es que el país está corrompido por el extremismo liberal!..

- ¡Es peor que el comunismo!” (Oses, 88)

La fuerte confrontación entre Comunismo y Capitalismo que caracterizó al siglo XX se había diluido. El legado que el Capitalismo había dejado al siglo XXI se basaba en el neoliberalismo, el cual diluye todo sentimiento comunitario del siglo anterior, dando paso a una sociedad fundada desde el individualismo.

Lo anterior, según Rodrigo Cánovas estaría ligado con un acontecimiento trascendental: el golpe militar de 1973. A partir de este hecho, “es como si el sujeto se hubiera vaciado de contenido” (Cánovas, 39). Desde esta perspectiva es importante destacar la relación que establece Nelly Richard en torno a la fragmentación social:

“No cuesta mayores esfuerzos armar relaciones –por muy torcido o retorcido que parezca, a primera vista, el marco de comparaciones-entre ‘la disolución del lazo social’, producto de la desfundamentación de los metarelatos históricos, filosóficos y políticos de la modernidad, y el fragmentarismo de la trama comunitaria aquí dislocada por la violencia del quiebre institucional en las regiones víctimas del poder represivo” (Richard, 375).

La obra de Darío Oses revelaría en gran medida una crisis de paradigma, en donde “El iluminismo, la sobreideologización y las utopías de antaño habrían cedido el paso al relativismo... El horizonte post implicaría una negación de los discursos totalizantes y teleológicos de la historia” (Subercaseux, 307).

Esta crisis de paradigma, esta desorientación por parte del sujeto generaría una incapacidad para situar al sujeto históricamente, desarrollaría la incertidumbre de una historia “sin sujeto y sin fines” (Subercaseux, 307).

Esto es en definitiva lo que plasmaría un sentimiento de escepticismo frente a la vida y la configuración de un sujeto individualista por sobre un sujeto con ideales colectivos, en donde la máxima aspiración recae en el consumo y en su “derecho a pasarlo bien” (Subercaseux, 309)

De esta forma es como se va construyendo a lo largo de la novela “2010: Chile en llamas” un sujeto apocaliptista basado en la idea de un mundo que se debe acabar, ya que el sistema neoliberal ha llegado a tal punto de autodestrucción social que debe llegar a un fin. Así, por medio de generaciones jóvenes de sujetos desorientados, carentes de referentes, se nos presenta un mundo tanto en su ámbito ecológico como humano bastante destruido.

La forma en que se nos muestra el discurso apocaliptista en esta obra es de vital importancia para entender la construcción del sujeto. Dicho discurso de fin de mundo se fundamenta desde la ironía con respecto a los hechos que van ocurriendo. La importancia de este procedimiento artístico radica que la ironía reformula un discurso para darle un sentido burlesco. Desde esta perspectiva, la reformulación de discursos tiene que ver con la lógica que presenta la postmodernidad, la cual postula que todo ya ha sido dicho. Así, la ironía, como procedimiento de reformulación discursiva mantiene una estrecha relación con discursos anteriores, dando paso a la intertextualidad. Si ya todo a sido dicho, la única alternativa que va quedando es la reformulación de textos anteriores, estrechando lazos con el pasado y la memoria.

“2010: Chile en llamas” nos muestra una especial relación con los discursos del pasado. El olvido del General, su extraña muerte en la cual su cuerpo no se descompondrá, y el secuestro de su cadáver, son claros ejemplos de la ironía que se intenta exponer frente a la figura emblemática de un discurso dictatorial y capitalista. En este sentido, la memoria cobra vital relevancia y se configura como la base para un nuevo discurso por medio de la ironía. Se revive el pasado para darle un nuevo enfoque, se reconstruye.

Por una parte, en la novela se nos entrega la visión pasada frente a los discursos, la cual está encarnada en generaciones antiguas de fieles seguidores y detractores del General, es decir, sujetos seguidores de un determinado tipo de discurso ideológico. Por otra parte, las nuevas generaciones, hijas de la postmodernidad, nos presentan un discurso que se configura a partir de una multiplicidad de discursos pasados. Por medio de la información, el acceso a diversos textos ha ido creciendo cada vez con mayor fuerza. Es en esta abundancia excesiva de discursos en donde se pierde la credibilidad, ¿cuál discurso es creíble dentro de tanta cantidad que se nos presenta? En este sentido, el sujeto que pertenece a las generaciones jóvenes del 2010 es un sujeto que se ha construido a partir de numerosos discursos y, por ende, se configura desde el relativismo y la realidad contradictoria. La realidad que se presentaba de manera unitaria en los tiempos de antaño se ha vuelto múltiple, relativa. En definitiva, la pérdida de credibilidad en los discursos totalizantes es lo que de alguna manera caracteriza al sujeto de esta época. Esta pérdida de la credibilidad trae consigo la pérdida en ideas comunes, por lo tanto, la pérdida en el colectivismo y, como consecuencia, el individualismo.

La poca credibilidad en las ideologías que en el siglo XX sustentaban la base del ser humano, se hace evidente en esta nueva generación. Un ejemplo clave de aquello es la comparación sobre la importancia de la figura del presidente que se establece entre estas dos épocas. En el siglo XXI “a nadie en el mundo, y a los chilenos menos que a nadie, le importaba quien fuera el presidente de Chile” (Oses, 91). Por el contrario, en el siglo anterior la figura del presidente tenía un gran prestigio:

“El presidente era el garante del orden, de la coherencia nacional. Se le reconocía autoridad, pero estaba obligado a responder por la organización, la temperancia y la ‘buena marcha’ del país. Los presidentes debieron asumir en carne propia, algunas veces, todas las calamidades de la sociedad. Dos de ellos se suicidaron para defender la dignidad del cargo y pagar con su propio sacrificio los desastres derivados de los conflictos y odios de su tiempo” (Oses, 92)

La pérdida de la imagen presidencial alude a un cambio significativo a nivel país. La figura de autoridad ha quedado desprovista de todo sentido, llevando a la sociedad a un aparente desamparo. Nuevamente se vuelve a manifestar la idea de una sociedad compuesta por sujetos carentes de referentes paternos, lo cual se manifiesta en la medida que los discursos ideológicos de tiempos anteriores se han diluido, y junto a ellos, el concepto de nación y autoridad. Frente a esto, la sociedad comienza a configurarse desde el caos y el desorden producto de la falta de alguien que tome el mando y que organice el país.

Ante este panorama, el Apocalipsis se manifiesta como el discurso que refleja esta sociedad carente de sentido, la cual no tiene otro camino que la destrucción total. Esto se manifiesta en el desborde que sufre la sociedad luego del partido de Chile contra Perú. Ante el desconcierto y la furia que produce la derrota, miles de personas se apresuraron a lanzar por las ventanas sus televisores, como si la destrucción de dicho aparato fuera la forma de hacer catarsis. Las calles se repletaron de hinchas indignados frente a tal suceso, saqueos e incendios se apoderaron de la ciudad:

“en las calles se habían arrancado señalizaciones, postes y semáforos, que las cortinas metálicas y las vidrierías de los negocios estaban destrozadas, y que en los bordes de las avenidas yacían las estructuras carbonizadas de camiones, autos y microbuses” (Oses, 90)

En este clima, el presidente de la república junto a sus ministros de estado deciden tomarse vacaciones aludiendo a asuntos de fuerza mayor. Ante la ausencia de estos, el presidente del Senado asume el mando del país tras firmar un documento que se perdería entre los miles de papeles archivados. Ante el inminente desastre, José Tomás Agüero parecía ser el único dispuesto a hacerse cargo del país. Esto, debido a que era uno de los pocos legisladores que iban quedando del ala más conservadora de la derecha. Los ultraliberales decían que tras la legalización total de la droga, la reconversión de la economía y la privatización de gran parte de las instituciones, ya se había hecho todo en

este país: “Los políticos ultraliberales podían proclamar con orgullo que Chile era el primer país del mundo en llegar al fin de la Historia” (Oses, 93)

Se puede inferir que el neoliberalismo en Chile ha llegado a satisfacer la totalidad de las necesidades individuales de la población, por lo que se ha llegado a un límite en donde todo ha sido realizado. Paradójicamente, hacer alusión a un “fin de la Historia” producto del neoliberalismo, es referirse a su vez a un posible Apocalipsis.

En “2010: Chile en llamas” se nos muestra un discurso irónico sobre un posible fin de la Historia, en la medida que los portavoces de este planteamiento son los mismos políticos a quienes se les acusa de no ejercer su cargo como corresponde. Esto de alguna manera hace suponer que la creencia de que todo ya ha sido realizado y, por ende, ya no quedan más tareas por ejecutar, solo se debe a la pereza de los legisladores. A su vez, dicho discurso irónico plantea una relación de intertextualidad con la teoría propuesta por Francis Fukuyama. En su planteamiento sobre el fin de la Historia, Fukuyama argumenta que la sociedad de principio de los noventa ha llegado a un punto de agotamiento de las ideologías alternativas. Con el fin de la guerra fría no solo se produce el final de un período de guerra, sino también la culminación de la evolución ideológica. De esta forma, plantea que, luego de este período:

“la democracia liberal podía constituir ‘el punto final de la evolución ideológica de la humanidad’, la ‘forma final de gobierno’, y que como tal marcaría ‘el fin de la historia’. Es decir, que mientras las anteriores formas de gobierno se caracterizaron por graves defectos e irracionalidades que condujeron a su posible colapso, la democracia liberal estaba libre de estas contradicciones internas fundamentales” (Fukuyama, 11)

Lo que se intenta cuestionar por medio de un discurso irónico es la percepción de un mundo basado en el neoliberalismo como sistema universal, global e ideal, aludiendo a que con su desarrollo y preservación se ha llegado al fin de la Historia en la medida que las alternativas ideológicas han sido agotadas.

Como, según muchos legisladores, todo ya había sido realizado, el Congreso se había convertido en un escenario, donde actrices, humoristas y reinas de belleza de antaño hacían su papel de diputados o senadores. En este lugar, la mayor preocupación radicaba en los puntos de rating que obtenían en sus transmisiones por televisión.

Ante la poca preocupación de las autoridades en el país, era evidente que tras el desborde social que había sufrido la capital de Chile, no existiera autoridad competente que pudiera hacerse cargo de la situación. En este sentido, que el senador José Tomás Agüero asumiera este rol, deja entrever su relación con el pasado.

Anteriormente habíamos planteado que la relación entre un determinado personaje y el pasado era determinante para establecer una cierta ética de su generación con respecto al presente. Los personajes que desean una recuperación del pasado manifiestan un anhelo por la colectividad basada en ideologías comunes, mientras que las generaciones más jóvenes, nacidas dentro del neoliberalismo, aspiran a la renovación continua, alejados de ideologías absolutistas, creyendo en una visión individualista de la vida.

Si bien, el senador Agüero es partidario del sistema neoliberal, pertenece al ala más conservadora de la derecha chilena, lo cual implica una particular visión de la sociedad y el mercado:

“Agüero comentó en muchas oportunidades que la mano invisible del mercado protegía mejor que nadie a la ciudad de las bandas de desquiciados, anarquistas, delincuentes y subversivos que se protegían cobardemente en la densidad impenetrable de las poblaciones periféricas” (Oses, 98)

De esta forma, este personaje nos presenta una visión del neoliberalismo como sistema de control social. Su adherencia a este tipo de economía se debe precisamente al control que ejerció en la sociedad en tiempos de Dictadura. No obstante, al pasar el tiempo, el senador se da cuenta que el Régimen autoritario no es compatible con el libre mercado:

“Agüero había sido el peor enemigo y al mismo tiempo el más eficaz colaborador del General. Cuando éste aún estaba en la cúspide del poder, José Tomás, que entonces era un joven dirigente, se dio cuenta antes que nadie que ya no podía seguirse manteniendo el matrimonio entre libertad económica y autoritarismo, y que para legitimar y mantener el modelo neoliberal había que deshacerse de su principal realizador: ese General que era demasiado inflexible como para pactar una transición gradual y ordenada hacia la democracia” (Oses, 98-99)

Paradójicamente, esta forma de control en Dictadura, con el tiempo se convirtió en la forma más eficaz de llevar al ser humano a cumplir todos aquellos deseos individuales antes anhelados. Esto, como dijimos anteriormente, trae como consecuencia seres humanos sumidos en el consumo y en la creencia de tener que satisfacer necesidades creadas precisamente por el mercado.

Por otro lado, la privatización de la totalidad de las instituciones deja entrever el fuerte individualismo arraigado en la sociedad. Esto se refleja en el desborde social que sufre Santiago luego del partido:

“Los alcaldes de las comunas afectadas pedían que se retirara a los heridos y a los muertos de las veredas. El problema era que las ambulancias de las isapres y de los servicios privados de salud atendían sólo a sus afiliados. Los ediles de Las Condes, providencia y Vitacura alegaban que no iban a gastar fondos de sus comunas para socorrer a quienes habían ido a saquearlas” (Oses, 101)

En este contexto de caos social, el recientemente asumido presidente, tras un llamado telefónico, se da cuenta de la desaparición del cadáver del General. Presumiendo que lo ha escondido el Regimiento Ceremonial Patria Nueva, único elemento militar que iba quedando, comienzan a surgir diversas dudas sobre lo que ocurriría. El presidente comienza a especular sobre las verdaderas razones del secuestro

del cadáver, aludiendo a la posibilidad de mantener con vida al General o de presentarlo como emblema de batalla contra el caos social que se había desatado e instaurar nuevos brotes de autoritarismo. Dicha especulación se basa precisamente en el pasado reciente de Chile, en donde la institución militar, tras un caos social, se toma el poder con las armas en el Golpe Militar de 1973.

Como efecto del caos que se vivía en Santiago, miles de familias comienzan a emigrar fuera de la ciudad, temiendo una situación peor. Uno de los lugares que se instaló como refugio fue la Hacienda Corazón de Jesús, el cual:

“invitaba a hombres y mujeres de trabajo, a gentes de toda condición, a huir de la incertidumbre y la degradación de las ciudades, y a vivir en una antigua hacienda donde encontrarían la protección física y espiritual que sólo podía brindarles una gran familia” (Oses, 111)

La relevancia de lo anterior radica precisamente en que esta hacienda se posiciona como el lugar de la Utopía tras el Apocalipsis desatado en la ciudad de Santiago. La alusión que se hace al trabajo y a la familia, de alguna forma manifiesta el anhelo de volver al antiguo orden que organizaba la vida de los seres humanos, volver al origen, lejos del caos desatado por el sistema neoliberal. En contraposición al individualismo, esta hacienda invita a volver a vivir en comunidad, girar el centro hacia la espiritualidad, dejando de lado la virtualidad en que se basa la sociedad actual. Esta Utopía se presenta en forma de pasado en la medida que representa a las haciendas del siglo XVI al XIX, aludiendo a las antiguas formas de vida. Su dueño, el senador Juan Antonio Eyzaguirre, había declarado a una entrevista que “su intención era volver a los orígenes. No quedaba otro camino cuando ya todo estaba perdido y descompuesto” (Oses, 111). Eyzaguirre había sido el más radical opositor a la legalización de la droga, lo que de alguna manera se relaciona con lo que refleja su hacienda: el bien común, por sobre la absoluta libertad individual.

La oposición del senador a la legalización de la droga manifiesta a su vez un tema más de fondo: la profunda crisis moral que atraviesa la sociedad, en donde la única alternativa que va quedando es volver al origen, volver a la tierra en un proyecto que intenta ruralizar el país.

La discusión en torno a la legalidad de estupefacientes alude a la relación que se establece entre ética y economía, en este caso, el neoliberalismo. Quienes se manifiestan a favor de este sistema argumentan que se vive en una sociedad donde el ser humano es libre y responsable de sí mismo, una sociedad en donde el Estado no es dueño de las personas. Así, la legalización no solo permitiría cumplir con las necesidades individuales de los seres humanos, sino que también pondría atajo al narcotráfico en la medida que este ya no sería un mecanismo de obtención de drogas válido, ya que la droga se comercializaría según patrones de calidad y legitimidad. Sin embargo, en contraposición a la satisfacción de deseos individuales que esto conlleva, la legalización de la droga se configuraría como un elemento de control social, manteniendo una aparente paz. A su vez, ante una posible crisis económica, la droga sería un elemento fundamental para sacar el país a flote:

“Un documento demostró, nadie sabe si en broma o en serio, que en las economías más dinámicas del mundo, la cocaína había llegado a convertirse en una especie de propulsor energético que hacía posible que ejecutivos y empleados sobrellevaran las tensiones y las jornadas agotadoras que exigían muchos negocios” (Oses, 126)

La oposición de Eyzaguirre a la legalización de estupefacientes radica en la oposición a un sistema de control de la verdadera individualidad humana, se fundamenta en la oposición a la destrucción total de toda ética. De esta forma, su proyecto de volver al origen manifiesta la intención de volver a la ética de antaño, volver a una lógica de vida pasada.

Por otra parte, habíamos dicho anteriormente que el consumo se establecía también como mecanismo de control social, en la medida que se generaba una adicción en la población, manteniendo sus deseos materiales satisfechos. Sin embargo al detonar una crisis económica, esta forma de control social es puesta en jaque:

“El consumo era la droga a la que toda la población se había hecho adicta. Si se la quitaban de la noche a la mañana, nadie podía tolerar el horrible vacío de la privación, y el suplicio de ver ofertas de las vitrinas virtuales, sin tener dinero ni crédito para comprar” (Oses, 118)

Una posible crisis económica produciría una alteración en la base que estructura la sociedad de consumo, originando indignación en la población, lo que desataría un posible caos social en la medida que las personas no ve sus necesidades satisfechas. En este punto es donde se comienza a vislumbrar los residuos que ha dejado este sistema de mercado. El neoliberalismo establece un crecimiento económico a nivel país solo en apariencia, en la medida que las grandes ganancias se las lleva un sector reducido de la población. Este sistema necesita de la desigualdad social para la subsistencia, por ende, al igual que las grandes empresas van produciendo residuos contaminantes para el planeta, a nivel social, en la periferia de las ciudades se aglomeran los residuos sociales. Estos son los marginados del crecimiento económico:

“Pronto empezó a notarse que para la economía reconvertida, el hombre era un recurso desechable y desechado. Aumentaron el desempleo y la pobreza, lo que hizo crecer la delincuencia y el odio difuso que iba acumulándose peligrosamente en las ciudades. Los pobres odiaban a los ricos y eran plenamente correspondidos en este sentimiento” (Oses, 129)

Esto se puede ver reflejado tras el caos producido luego de la derrota de Chile contra Perú. Mientras las familias más adineradas del país compraban pasajes para viajar fuera de Chile, y así, escapar del desastre, miles de personas que viven en la periferia comienzan a salir a las calles y buscar refugio en cualquier rincón de la ciudad,

expuestas a los tiroteos, incendios y barricadas que se habían desatado. Los marginados de este sistema habían comenzado a destruir la ciudad.

De esta forma, el partido de fútbol se configuraba como una excusa para dar rienda suelta a la indignación que albergaba la sociedad, los marginados del sistema económico. Si ya se había destruido el último elemento que reunían a la sociedad alrededor de un sentimiento de nacionalismo como lo era este deporte, ya no quedaba nada con lo que la población pudiera identificarse en relación a un sentimiento comunitario. Esto, sumado a la crisis económica y la marginación que esta había producido en la gran ciudad, terminaba por producir el absoluto caos.

Las pandillas y las hordas poblacionales se habían tomado las calles de la ciudad. Con la ayuda de barricadas iban sitiando distintos lugares. Incendios y saqueos demostraban el estado de anarquía en que se encontraba Santiago. En el metro, miles de cadáveres yacían en su interior y familias completas intentaban refugiarse del desastre que acontecía en el exterior.

En este contexto, el alférez Alvear es solicitado por el presidente para llevar a cabo la misión de recuperar el cuerpo del General, el cual se encontraba oculto en la Hacienda de Eyzaguirre. A esta misión, lo acompañan Vicky, Raquel y el pirata Gajardo. Camino a la hacienda, estos personajes se van dando cuenta de la real dimensión de lo que ocurría. El país había pasado a ser un campo de batalla, pandillas que luchaban por el dominio de un determinado territorio, la comunidad de mujeres junto a los cuatros se disponían para luchar contra los habitantes de la hacienda y los pocos militares que aún existían eran mirados con malos ojos.

Al llegar a la Hacienda, estos cuatro personajes se dan cuenta de lo que estaba sucediendo, la casa ardía en llamas tras un incendio provocado por los cuatros. De esta forma, la utopía construida en ese lugar era destruida completamente: “El frontis, con su pórtico que llevaba en la parte superior el escudo de Eyzaguirre, ardía” (Oses, 181) El regreso al origen, la vuelta a la forma de vida de antaño, ya no se constituían como

alternativa viable tras el Apocalipsis desatado en el país. Este lugar, que intentaba ser una isla, alejada del sistema que había corrompido a la ciudad, había sido destrozado. Lo anterior da cuenta de una pérdida de la utopía, una pérdida de la única vía de escape frente al caos.

En este contexto, Gajardo visualiza una edificación metálica y presume que en ese lugar se puede encontrar oculto el cadáver del General. Al entrar a aquel sitio, los cuatro personajes se percatan de la presencia del ataúd que albergaba el cuerpo congelado del antiguo Dictador. La refrigeración del cuerpo parecía tener como objetivo preservar su figura, lo cual daba la sensación de que seguía con vida, dándole una connotación de eternidad:

“Sí, el general perduraba y sus poderes latentes podían reactualizarse en cualquier momento y renacer con toda su furia intacta. Era un monstruo de mil caras, capaz de despertar una y otra vez, con distintas máscaras” (Oses, 184)

Frente al Apocalipsis que se había desatado en el país y el incendio del único elemento de escape, como lo era la Hacienda, no se presentaba ninguna alternativa de salvación ante el caos. La Utopía de resguardo en una antigua hacienda se había derrumbado completamente. La destrucción total era inminente y no existía elemento alguno de salvación. En este sentido, una figura de autoridad que pusiera un orden se hacía indispensable para la sobrevivencia de la sociedad, sin embargo esta no existía:

“En este momento nadie sabe qué va a pasar. Pero estoy seguro al menos de una cosa: en los días que vienen el caos va a ser tan espantoso, que la gente va a estar dispuesta a entregarse a cualquiera que tenga el poder necesario como para imponer orden al país” (Oses, 135)

Lo anterior es de vital importancia, en la medida que la figura del General cobra especial relevancia a la hora de encontrar una solución frente al caos. Al encontrarse los cuatro personajes con el cadáver congelado del general, comienza a ocurrir un extraño

suceso. Al apagarse la linterna, único elemento que les permitía iluminarse, comienzan a sentir sus cuerpos helados, intentan tocarse unos a otros, pero les es imposible dada la oscuridad:

“Fue entonces cuando cada cual, desde su aislamiento, sintió crecer esa otra presencia, la del General. Era como si el aire se hubiera hecho más denso y las aplastara succionándoles el escaso calor y las últimas energías que les quedaban... la noche del General volvía a extenderse por todas partes”
(Oses, 185)

Este hecho manifiesta la idea de la sobrevivencia de la figura del General, su autoridad eterna que resucita para salvar al país del caos, como había sucedido en el siglo pasado tras el golpe Militar de 1973. Esta resurrección se nos presenta como la única alternativa frente al desastre social, ante el Apocalipsis, estableciéndose como la única figura de autoridad capaz de volver a enrielar al país. El autoritarismo se revela como una posible vía para poner orden, a su vez que la sociedad, necesitando de una figura de autoridad, se entregará sin mayores dudas a este sistema.

Sin embargo, no hay que dejar de lado, que la situación antes descrita se nos presenta bajo un discurso satírico, haciendo alusión de forma irónica tanto a la figura del general y su Golpe de Estado, como también al sistema neoliberal actual. De esta forma, esta situación descrita solo se hace visible tras la óptica de la burla y la crítica tanto a figura de un antiguo Dictador, como el sistema económico implementado bajo su mando.

Por medio de este discurso irónico en el que se pretende representar la figura del General como única alternativa frente al caos, también se deja entrever la representación de lo que se vive en la sociedad en el período en que fue escrita la obra. El discurso de supervivencia del general alude significativamente a los enclaves autoritarios que aún permanecían en la transición a la democracia. En la década del 90, Augusto Pinochet seguía al mando de las Fuerzas armadas y posteriormente se constituiría como senador.

Así, la novela “2010: Chile en llamas” se funda desde la base de numerosos discursos, como lo son la historia política reciente y su sistema económico. Toma dicho pasado para reconstituirlo y construir una nueva perspectiva sobre él. Así, la parodia funcionaría como un tipo de discurso clave para dar cuenta, de forma exagerada y burlesca, de una sociedad constituida por sujetos carentes de sentido.

El discurso apocalíptico, sumado a un discurso de parodia social, funcionarían como la base para representar una sociedad en degradación y pronta a exterminarse producto del sistema neoliberal. Así, la crítica frente a una ética postmoderna se hace visible en la representación de sujetos individualistas y sin un sentido de vida determinado, trayendo como consecuencia el inminente fin de la sociedad.

CAPÍTULO IV: Comparación de Textos

Semejanzas y diferencias a partir del contexto de producción

Como vimos anteriormente, las novelas “La próxima” y “2010: Chile en llamas” nacen bajo contextos bastante diferentes. La primera de estas es escrita a principios del siglo XX, mientras que la segunda, a finales de este. Si bien, ambas novelas pertenecen a momentos muy distantes entre sí, las dos reflejan por medio de un discurso Apocalíptico épocas marcada por una crisis.

La reformulación de este mito en ambas novelas funciona como mecanismo para representar una determinada imagen cultural de la época, un momento histórico determinado por una crisis. De esta forma, el Apocalipsis se presenta como crítica frente a estos dos momentos del siglo XX, como una visión subversiva ante el panorama que se desplegaba. Por una parte, la obra de Huidobro se configura a modo de crítica ante el desarrollo de grandes Guerras y un Capitalismo como factor determinante de estas. Por otra parte, la obra de Oses establece un especial cuestionamiento al sistema económico neoliberal y su relación con una Dictadura Militar.

“La próxima” se enmarca dentro de dos hitos decisivos de principios de siglo, la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión Económica de 1929. En este contexto, las vanguardias, y en particular esta novela, bajo la corriente creacionista, reacciona frente a estos sucesos, criticando la Modernidad y las circunstancias sociales que ha acarreado. Esta reacción basada en la revolución por medio del lenguaje, denota un sentimiento común a todas las vanguardias: el arte como mecanismo de acción, el cual pretende transformar el arte y la sociedad. En este sentido, el poeta inserto en la novela se configura como hombre de acción, en la medida que intenta transmitir una determinada visión ideológica, aludiendo a la estrecha relación entre revolución y poesía. Dicha visión ideológica que el poeta nos quiere transmitir tiene que ver con una transformación social por medio de de la utopía socialista, cuestionando fuertemente el sistema Capitalista, culpándolo de ser el responsable de las guerras y la gran crisis económica del 29.

El contexto tanto político (confrontación de ideologías) como cultural (nacimiento de las vanguardias) determinan la matriz de sentido de la novela de Huidobro,

posicionando el arte como mecanismo de acción y revolución frente a los sucesos acontecidos.

Es relevante destacar el lugar que ocupa el surgimiento de ideologías absolutistas a principios de siglo. Esto es importante para el análisis de la novela de Huidobro en la medida que se refleja la confrontación entre Socialismo y Capitalismo. La adherencia a una determinada ideología, en este caso la socialista, mantiene una estrecha relación con la idea de colectividad. En un contexto, en el que dos grandes bloques se enfrentaban a nivel mundial, la adherencia a una u otra ideología determina la pertenencia del sujeto a una idea común a varios seres humanos.

En contraposición a la obra de Huidobro se nos presenta la novela de Darío Osés, la cual manifiesta el eclipse ideológico que había sustentado gran parte del siglo XX. Esto está dado básicamente por el contexto político en el cual está inserta la obra. La década de los noventa significó para Chile un período de transición a la Democracia luego de una Dictadura de 17 años. Dicho suceso, sumado al desmoronamiento de la utopía socialista, simbolizada en la caída del muro de Berlín, trae como consecuencia el escepticismo frente a las ideologías absolutistas.

A su vez, la novela de Osés surge en plena postmodernidad, la cual establece una determinada visión sobre la realidad. En contraposición a la colectividad ideológica de principios de siglo, el final de este trae consigo una adhesión a la ética individual. Esto quiere decir que frente a los sucesos políticos ocurridos tanto en Chile como a nivel mundial, sumado a una nueva forma de construir discursos y concebir el arte, el sujeto se ha volcado hacia la individualidad. Esta nueva forma de ver y expresar la realidad se relaciona con el fuerte auge de acceso a la información y tecnología, a su vez que ha llegado un punto en donde el sujeto mantiene la creencia de que todo ya está dicho. El sujeto y el arte se configuran a partir de una multiplicidad de discursos pasados, reformulándolos y destruyéndolos. Así, en contraposición a un sujeto vanguardista construido a partir de ideales comunes, nace el sujeto postmoderno creyente en la libertad individual, escéptico a toda ideología común de antaño.

La reformulación del discurso Apocalíptico que se presenta en ambas novelas se basa principalmente en el marco cultural vigente en estos dos momentos históricos, por una parte la vanguardia y, por otra, la postmodernidad. La relación que ambos contextos artísticos tienen con el pasado inmediato es de vital relevancia para entender la construcción de un mundo en crisis.

La primera de las novelas, bajo un marco artístico de vanguardia establece un quiebre radical con todo aquel mecanismo artístico del pasado, manifestando que el sujeto en crisis, producto de los numerosos acontecimientos políticos desatados en esa época, ya no confía en la narración objetiva y omnisciente. Dicha crisis en la narratividad refleja a su vez el cuestionamiento que hace el sujeto enunciante frente a este panorama, dando paso al relativismo y la subjetividad. La alternativa frente a este quiebre radical con el pasado es precisamente la construcción de un mundo nuevo por medio del lenguaje y el arte. Esto se ve reflejado en “La próxima” en la medida que el poeta interfiere en la narración objetiva de los hechos para presentar su visión particular de Apocalipsis, manifestando una ideología implícita. A su vez, este poeta, al narrar la historia de un profeta con miras hacia un proyecto Utópico fuera de la catástrofe mundial, manifiesta su intención de predecir por medio de un discurso apocalíptico el fin de todo sistema pasado, en este caso el Capitalismo.

La segunda de las novelas analizadas se enmarca dentro de lo que se denomina postmodernidad, la cual manifiesta en términos artísticos una deconstrucción de discursos del pasado para, desde el presente, reformularlos y darle un nuevo sentido. En este aspecto, “2010: Chile en llamas” se construye como un discurso en estrecha relación con su pasado inmediato, en este caso, la Dictadura Militar. La base de dicha reformulación recae en una sátira a la figura del General dándole una connotación de figura eterna, tendiendo a la deshumanización del personaje por medio de la ironía y la burla. Asimismo, se parodia el discurso neoliberal desarrollado bajo el Régimen militar, aludiendo a este sistema como el causante de una debacle a nivel país.

Si la novela “La próxima” establece un quiebre radical con su pasado para reflejar un sujeto en crisis, “2010: Chile en llamas” acude al pasado para reformularlo y reflejar un nuevo sujeto en crisis. De esta forma, si la novela de Huidobro refiere a la crisis de la modernidad del siglo XIX por medio de una ruptura con este pasado, la novela de Oses se basa en los discursos anteriores para reflejar la crisis de la modernidad del siglo XX.

Podríamos plantear que ambas novelas reflejarían, por medio de distintos procedimientos artísticos, la continuidad histórica que ha caracterizado al siglo XX. Si la novela de Huidobro hace referencia al surgimiento de ideologías absolutistas dado el contexto de Guerras Mundiales, la obra de Oses, hace referencia al declive de estas ideologías a fines de siglo.

El discurso apocalíptico se torna como el principal elemento para denotar la crisis que vive el sujeto en estas dos épocas a causa de sus contextos culturales. Sin embargo, cabe destacar que la primera de estas obras promueve como alternativa al caos producido por el Capitalismo la utopía socialista. De esta forma “La próxima” se posiciona como un discurso que apela a la renovación social y política. Por el contrario, la novela de Oses no presenta ningún tipo de alternativa frente al caos social. El único escape fundado en el proyecto utópico de la Hacienda ha sido destruido y con ello toda posibilidad de salvación. Al final de la novela se nos presenta nuevamente la alternativa de un golpe autoritario, el cual pueda poner orden al país, encarnado en la figura eternizada del General. Sin embargo, dicha alternativa está presentada desde la ironía y la sátira a este personaje, por lo cual la viabilidad de esta alternativa se disuelve. Lo único que queda es acudir a la ética postmoderna, representada en la individualidad y la libre elección de los ciudadanos.

En ambas novelas se nos presenta una utopía aparente, la cual nos invita a alejarnos de la civilización en crisis. En el caso de “La próxima” se establece a partir del proyecto en Angola impulsado por Alfredo Roc, mientras que en “2010: Chile en llamas” se proyecta a partir de la Hacienda del senador Eyzaguirre. Ambos proyectos intentaban posicionarse desde fuera de la Historia, anulando su temporalidad. Esto sucede en la

medida que ambos proyectos se configuran desde el alejamiento de las circunstancias sociales que los afectan, intentando escapar de una civilización para posicionarse fuera de la historia, intentando volver al origen y a lo natural. Si el discurso apocalíptico involucra un nuevo comienzo tras la debacle, ambos autores instalan la sociedad utópica en este nuevo comienzo. Sin embargo, ambos proyectos mueren de la misma forma, tras un incendio provocado por sujetos que no han podido evadir su relación con la antigua civilización, dejando en evidencia la imposibilidad de huir de la Historia. Por tanto, la alternativa al acabo de mundo se presenta de otra manera, en la novela de Huidobro en forma de sistema socialista y en la novela de Oses en la permanencia de una ética individual.

Sujeto apocalíptico en “La próxima” y “2010: Chile en llamas”

Ambas reformulaciones del mito del Apocalipsis tienen como eje central un determinado enunciante que se hace portavoz del discurso de fin de mundo. Como ya habíamos dicho, este discurso da cuenta de una cierta crisis en dos períodos distintos del siglo XX. Una de las primeras características que determinan la configuración del sujeto apocaliptista es que este se presenta como un ser marginado de un mundo que no lo entiende. Esto, dado que se construye a partir del cuestionamiento de la sociedad en la cual está inserto. Posicionarse desde la crítica implica necesariamente un alejamiento de esta para, desde ahí, poder observarla con un mayor ángulo de perspectiva. De esta forma, el sujeto se establece como un ente en desacuerdo con su tiempo, a la vez que la sociedad de su época se contradice con el concepto ético y político que este quiere transmitir.

Dicha ética estaría en estrecha relación con la alternativa que se sugiere en ambas novelas tras el fin de mundo. En “La próxima” el sujeto se configura como portavoz de una Utopía, mientras que en “2010: Chile en llamas” el sujeto se construye como portavoz de una pérdida de esta. Lo anterior estaría ligado con la alternativa que se

intenta sugerir en ambas novelas tras un fin de mundo. Dicha alternativa se propone desde la concepción de dos éticas distintas: la vanguardista y la postmoderna.

La primera de las novelas está inserta dentro de un contexto de vanguardia, en donde la ética se basa en un rol social y político por parte del sujeto enunciante. Dicho rol va de la mano con la idea de Utopía, ya que a principios del siglo XX, el rol social y político mantenía una relación directa con la adhesión a determinadas ideologías, lo que implica una idea común entre varios seres humano en base a la sociedad que se intenta construir. La Utopía, guarda en el interior de su significado una fuerte alusión a este sentimiento comunitario, en la medida que para construir una sociedad ideal se necesita de una idea común.

En contraposición a esto, se configura el sujeto de la novela “2010: Chile en llamas” desde una ética postmoderna, lo cual implica la adhesión a lo netamente individual. Que este sujeto sea el portavoz de una pérdida de Utopía alude a una pérdida de las ideas comunes en pos de la libre elección individual, configurada, ya no desde una óptica particular como lo era a principios de siglo, sino más bien desde la multiplicidad de discursos que hacen al ser humano único.

De esta forma, el sujeto en *Oses* se instala desde la desconfianza a los sistemas establecidos, las explicaciones y ordenadores que han determinado por mucho tiempo nuestra relación con el mundo. Así, la desconfianza en los sistemas éticos y macrorelatos de tiempos pasados lo sitúan desde el vacío, desde la orfandad dada por la carencia de referentes. Frente a esto, el sujeto se aparta de la sociedad para el resguardo de su propia individualidad, instalándose desde el margen, desde lo personal para, desde ahí, construir una nueva ética. Es precisamente esta ruptura de los antiguos sistemas lo que permite a este sujeto mirar la Historia desde otra perspectiva. Así, el Sujeto en *Oses* se configura desde la coyuntura actual, a partir de la crisis que sufre. El sujeto en *Oses* se instala al margen del discurso y la Historia tradicional cuestionando fuertemente los discursos dominantes. Desde este margen el sujeto construye una ética individual, lo cual tiene como fundamento el dejar actuar al individuo. Esta acción no es posible bajo

un sistema estructurado como los propuestos por las ideologías del siglo XX. El actuar del sujeto no encuentra lugar en un sistema rígido, dado que el individuo se postula como un ente incompleto en la lógica postmoderna. Esto, a raíz de que su construcción está dada por la constante reformulación, situándose como un individuo que se encuentra en constante diálogo. Este ser incompleto se completa en su actuar, en su reformulación continua, por lo que un sistema rígido, como los del pasado, no le permitirían su desarrollo. Es precisamente el construirse a partir del acto de existir lo que configura la ética postmoderna y el sujeto presente en la novela “2010: Chile en llamas”

Esta época de deslegitimación tanto de los discursos hegemónicos como de la autoridad, plantean la construcción de un sujeto en relación con el pasado. Esta deslegitimación se da en la medida que el sujeto mantiene una necesidad por develar las causas que acarrearón la violencia y la destrucción social en la Dictadura. El sujeto en Osés acude a la figura del General como el emblema de este sistema represivo para reconstruirlo y establecerlo como metáfora de una crítica a la tradición. De esta forma, el sujeto de esta novela se posiciona desde la sensación de malestar tras haber extraviado el sentido. Esto, sumado al repudio frente a la sociedad de consumo hacen que este sujeto enunciante, por medio de un discurso apocalíptico, de cuenta del deterioro que vive la sociedad.

Por otro lado, en “La próxima” se da una complejidad narrativa, la cual configura de manera explícita el discurso que se pretende emitir. Por una parte se encuentra la posición del personaje, quien en su estatus de profeta emite un determinado discurso, el cual finalmente es erróneo. Esta equivocación traería como consecuencia el fracaso de su proyecto utópico en Angola, ya que dicho proyecto se construye a partir de los mejores elementos del sistema Capitalista, el cual, tras alejarse de la civilización, se pretendía dejar atrás. Por otro lado, se encuentra la posición del poeta, el cual, en desacuerdo con el discurso del personaje, manifiesta de modo implícito el nivel ideológico inserto en la obra.

Este sujeto, encarnado en la figura del poeta manifiesta un rechazo por la narración tradicional, es decir, por la omnisciencia, renunciando a la forma en que se presenta la verdad. Dicha forma radica en un rechazo a la objetividad aparente con que se narra en el pasado, con lo cual el narrador se sale de un mundo estable para reflejar el mundo desde una posición de inseguridad. Esto aludiría fuertemente al contexto de la época, ya que con la modernidad, específicamente con el desarrollo del Capitalismo, el orden y la estabilidad desaparecen.

La voz de este poeta se plantearía como la voz del autor implícito. Se puede llegar a establecer esta relación por medio del texto que precede al relato, una carta real que Vicente Huidobro le escribe a un amigo, la que sería la manifestación ideológica del autor frente a los acontecimientos que ocurrían a nivel mundial. Dicha carta expone la idea de Huidobro por un proyecto similar al impulsado por Alfredo Roc, es decir, la construcción de una colonia en Angola. Si bien, la carta nos presentaría una simpatía del autor hacia la propuesta del protagonista, la alusión que el autor hace a esta idea se plantea desde la utopía y su inviabilidad. El texto expuesto por medio de la carta se posiciona como un recurso del autor para dar pie a la historia que se narrará después. Sin embargo, este recurso se establece por medio de la ironía, en la medida que se plantea como inviable, como una mera Utopía. Así, la carta tiene el propósito de demostrar que la utopía imaginada por el autor es irrealizable, ya que no se puede huir de la historia. Lo anterior, concuerda plenamente con la postura política de Huidobro, quien en esa época es un fiel adherente al Socialismo, por lo que su intención sería demostrar que cualquier otra alternativa frente al Capitalismo sería solo una Utopía, un imposible. Huidobro se posiciona desde una distinción con respecto al protagonista de la obra. De esta forma, el narrador, como figura del poeta, ficcionaliza la ideología implícita del autor, planteando así el socialismo como la vía alternativa luego del caos.

El sujeto portavoz del discurso apocalíptico de la novela “La próxima” desde su visión creadora, desde su posición de pequeño Dios y hacedor de un nuevo mundo, nos presenta esta sociedad e individuo en crisis. Por otro lado, el sujeto en Darío Osés se

configura como portavoz de un individualismo indecente, el cual manifiesta que la crisis vivida por el sujeto vanguardista se ha profundizado en la época actual.

En base a lo anterior, el Apocalipsis se constituye como discurso político frente al contexto cultural y social que enmarcan las dos novelas, configurando un sujeto enunciante como sujeto político. En este caso, ambos sujetos se constituyen desde la fiel crítica al sistema capitalista, la primera de las novelas haciendo alusión a la Guerra producto de este sistema, y la segunda, haciendo alusión a los nocivos efectos medioambientales y sociales que produce el neoliberalismo o capitalismo tardío.

CONCLUSIONES

A partir del análisis anteriormente expuesto de estas dos novelas chilenas se puede plantear como principal conclusión que la reformulación del discurso apocalíptico se presenta como un formato válido para la representación de un determinado mundo en crisis, dado las características que componen este discurso, situándolo como un elemento crítico frente a un determinado contexto social y cultural. La representación de un fin de mundo alude de manera significativa al contexto real desde donde se posiciona la obra para, desde la ficcionalización, cuestionar la sociedad de la época por medio de su destrucción.

Por otro lado, frente a esta crítica que se establece con la sociedad de la época, representada por medio de la destrucción, se nos presenta la opción de renovación basada en el discurso utópico. Dicha alternativa mantiene una estrecha relación con el contexto social y cultural en el cual la obra fue creada, ya que la forma en que se renueva la sociedad anteriormente destruida está dada principalmente por su contexto. Así, la renovación que propone la obra de Huidobro se basa, y refleja, el auge de la utopía socialista que se desarrollaba en Rusia a principios del siglo XX y, a nivel macro, el declive del Capitalismo y su constante confrontación con el Socialismo. A su vez, la obra de Oses nos presenta una alternativa utópica basada precisamente en el escepticismo frente a las creencias e ideologías que imperaron en el siglo XX, reflejando el declive de las ideas absolutistas encarnadas en un fin de Dictadura a nivel nacional y la caída del muro de Berlín a nivel internacional. Frente al desmoronamiento de ideales comunes se nos presenta la utopía interior, encarnada en el individualismo desarrollado a finales del siglo.

Ambos discursos, tanto apocalíptico como utópico, tienen un sujeto enunciante que se configura como el portavoz de la crisis presentada por el Apocalipsis y la renovación social presentada por la Utopía. Esta configuración del sujeto enunciante está dada por una ética específica de cada época, lo cual determina la opción para construir un nuevo mundo. En este sentido, frente al acabo de mundo, la obra de Huidobro nos

presenta un mundo utópico basado en el socialismo, mientras que la obra de Oses nos presenta una utopía basada en el individualismo.

Así, el sujeto enunciante en la obra “la próxima” se haría portavoz de un proyecto utópico concreto, mientras que el sujeto de “2010: Chile en llamas” se haría portavoz de una pérdida de la utopía. Esto estaría dado en la medida que la Utopía refiere a una colectividad, lo cual sería posible en el proyecto utópico socialista, sin embargo no podría establecerse en la utopía individual. De esta manera, ambos sujetos se hacen portavoz de una cierta ética, en el caso de Huidobro aludiendo al rol social y político del autor, mientras que en la obra de Oses se opta por la libertad y desarrollo individual.

Lo anterior determina el carácter político de los discursos apocalíptico y utópico, en la medida que se plantean como representaciones de una cierta ideología de una época particular. Mientras en la novela “la próxima” se nos presenta el discurso político por medio del socialismo, en la novela “2010: Chile en llamas” el carácter político está dado en la medida que se basa en la decadencia de los discursos dominantes del siglo XX. El mundo estructurado en dos grandes bloques a principios de siglo, se comienza a desvanecer a finales de este. La postmodernidad ha visto como el mundo se ha aumentado y difuminado, quedan grandes preguntas y la cultura se construye en base a esto. El estructuralismo social de principios de siglo se quiebra en post del desarrollo individual.

Basándonos en lo anteriormente mencionado se puede concluir que entre las dos novelas analizadas existe una relación de principio y fin, lo cual develaría una representación histórica del siglo XX por medio de la literatura a través de un discurso apocalíptico común. Esto se establece en la medida que la reformulación del mito apocalíptico en la novela “La próxima” devela la confrontación entre dos grandes ideologías, el Capitalismo y el Socialismo, mostrando sus consecuencias como lo fueron las dos Guerras Mundiales y un sistema económico puesto en jaque. A su vez, la reformulación del discurso apocalíptico en la novela “2010: Chile en llamas” alude de

manera alegórica a la culminación de este proceso ideológico desarrollado en el siglo XX en cuanto presenta el declive de estas ideologías absolutistas y nos muestra el sistema económico heredado del Capitalismo, el neoliberalismo. Los regímenes autoritarios han decaído y con ello la creencia en sistemas absolutistas, dando paso al desarrollo de un sistema basado en el libre mercado, el cual apela, y paradójicamente esclaviza, el desarrollo individual del ser humano. Si en la novela de Huidobro se nos presenta un sujeto en crisis a causa del contexto político acaecido a principios de siglo, la novela de Oses vuelve a poner hincapié en un sujeto en crisis, si embargo este último nace desde el cuestionamiento y reformulación del pasado ideológico anterior.

BIBLIOGRAFÍA

- Araya Grandon, Juan Gabriel: “Distopía y devastación ecológica en 2010: Chile en llamas (1998) de Darío Oses”. *Acta literaria* (nº 40): p. 29-44. Primer Semestre 2010.
- Bauman, Zygmunt, *Ética posmoderna*. Argentina, Ed. Siglo veintiuno, 2006.
- Buber, Martin: *Caminos de Utopía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Bürger, Peter: *Teoría de la vanguardia*. Barcelona, Ed. Península, 1997.
- Cánovas, Rodrigo: *Novela chilena, nuevas generaciones. El abordaje de los huérfanos*. Santiago, Ed. Universidad Católica de Chile, 1997.
- Cortínez, Verónica: *Albricia: La novela chilena del fin de siglo*. Santiago, Ed. Cuarto Propio, 2000.
- Eco, Umberto: *Lector in fábula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona, Lumen, 1987.
- Fukuyama, Francis: *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona, Ed. Planeta, 1992.
- Han, Oscar: *Magias de la escritura, “Vicente Huidobro o la Voluntad inaugural”*. Santiago, Ed. Andrés Bello, 2001.
- Huidobro, Vicente: *La próxima: (Historia que pasó en poco tiempo más)*. Santiago, Ed. Universitaria, 1996.
- Jameson, Fredric: *Teoría de la postmodernidad*. Madrid, Trotta, 1996.
- Kermode, Frank: *El sentido de un final: estudios sobre la teoría de la ficción*. Barcelona, Gedisa, 1983.
- Morales, Leonidas: *Novela chilena. José Donoso y Diamela Eltit, “Sujeto y narrador en la novela chilena contemporánea”*. Santiago, Ed. Cuarto Propio, 2004.
- Moulian, Tomás, *El consumo me consume*, Santiago: Ed. Lom, 1998.
- Lipovetsky, Gilles: *La era del vacío*. Barcelona, Ed. Anagrama, 1986.
- Oses, Darío: *2010: Chile en llamas*. Santiago, Ed. Planeta, 1998
- Richard, Nelly, “Latinoamérica y la Posmodernidad”. *La Torre*, vol. IV, (nº12) p.367-378, 1999.

- Rojas Piña, Benjamín: *Vanguardias y novelas en Vicente Huidobro*. Santiago, Ed. Cuarto Propio, 2000.
- Schop, Federico: *Del vanguardismo a la antipoesía. Ensayos sobre la poesía en Chile*. Santiago, LOM Ediciones, 2000.
- Servier, Jean: *La utopía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Subercaseaux, Bernardo: *Genealogía de la vanguardia en Chile: (la década del centenario)*. Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 1998.
- Subercaseaux, *Historia, Literatura y sociedad ensayos de hermenéutica cultural*, Santiago. Ed. Documentas, 1991.
- Zamora, Lois Parkinson: *Narrar el Apocalipsis: la visión histórica en la literatura estadounidense y latinoamericana contemporánea*. México, D.F, Fondo de Cultura Económica, 1996.